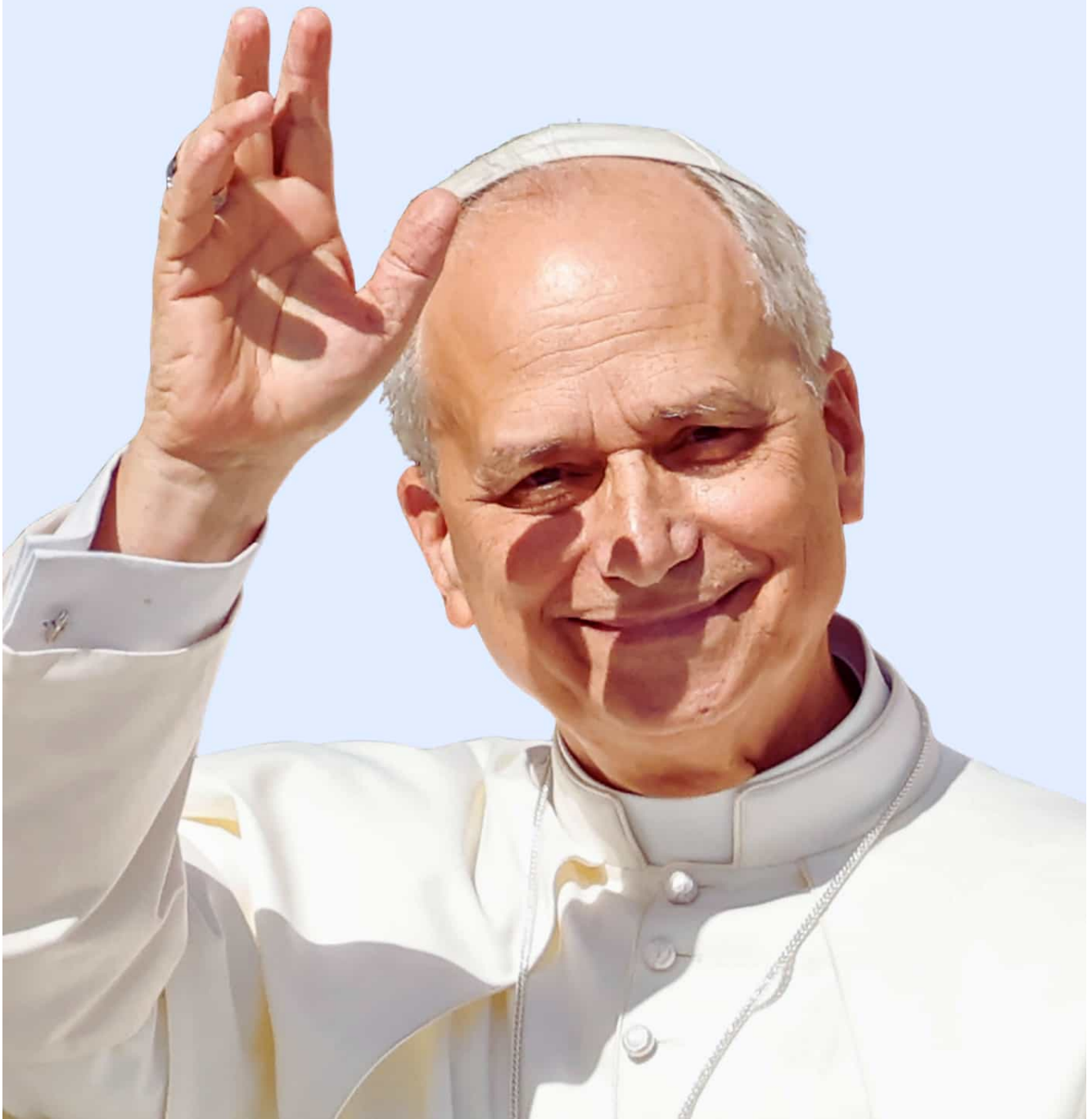


Papa León XIV

VIAJE APOSTÓLICO A ÁFRICA

13 al 23 de abril de 2026



León XIV

***VIAJE DEL PAPA
LEÓN XIV A
ARGELIA, CAMERÚN,
ANGOLA Y GUINEA ECUATORIAL***

www.opusdei.org

Copyright © Dicasterio para la Comunicación - Libreria
Editrice Vaticana

Índice

ARGELIA

SALUDO DEL SANTO PADRE A LOS PERIODISTAS
DURANTE EL VUELO CON DESTINO A ARGEL
VISITA AL MONUMENTO DE LOS MÁRTES MAQAM
ECHAHD
ENCUENTRO CON LAS AUTORIDADES, CON LA
SOCIEDAD CIVIL Y CON EL CUERPO DIPLOMÁTICO
VISITA A LA GRAN MEZQUITA DE ARGEL
ENCUENTRO CON LA COMUNIDAD ARGELINA
VISITA AL HOGAR DE ACOGIDA PARA MAYORES DE
LAS HERMANITAS DE LOS POBRES
SANTA MISA HOMILÍA DEL SANTO PADRE

CAMERÚN

PALABRAS DEL SANTO PADRE A LOS PERIODISTAS
DURANTE EL VUELO CON DESTINO A YAUNDÉ
ENCUENTRO CON LAS AUTORIDADES, CON LA
SOCIEDAD CIVIL Y CON EL CUERPO DIPLOMÁTICO
VISITA AL ORFANATO NGUL ZAMBA
ENCUENTRO POR LA PAZ CON LA COMUNIDAD DE
BAMENDA
SANTA MISA HOMILÍA DEL SANTO PADRE
SANTA MISA HOMILÍA DEL SANTO PADRE
ENCUENTRO CON EL MUNDO UNIVERSITARIO
SANTA MISA

ANGOLA

PALABRAS DEL SANTO PADRE A LOS PERIODISTAS
DURANTE EL VUELO CON DESTINO A LUANDA

ENCUENTRO CON LAS AUTORIDADES, CON LA
SOCIEDAD CIVIL Y CON EL CUERPO DIPLOMÁTICO

SANTA MISA

REGINA CAELI

DISCURSO DEL SANTO PADRE AL FINALIZAR LA
ORACIÓN DEL SANTO ROSARIO

VISITA A UN HOGAR DE ACOGIDA PARA PERSONAS
MAYORES

SANTA MISA

ENCUENTRO CON LOS OBISPOS, LOS SACERDOTES,
LOS CONSAGRADOS, LAS CONSAGRADAS Y LOS
AGENTES PASTORALES

GUINEA ECUATORIAL

ENCUENTRO CON LAS AUTORIDADES, CON LA
SOCIEDAD CIVIL Y CON EL CUERPO DIPLOMÁTICO

ENCUENTRO CON EL MUNDO DE LA CULTURA

VISITA A LOS TRABAJADORES Y PACIENTES DEL
HOSPITAL PSIQUÁTRICO “JEAN PIERRE OLIE”

SANTA MISA

VISITA A LA PRISIÓN DE BATA

ENCUENTRO CON LOS JÓVENES Y LAS FAMILIAS

SANTA MISA

Argelia



***SALUDO DEL SANTO PADRE A LOS PERIODISTAS
DURANTE EL VUELO CON DESTINO A ARGEL***

Vuelo papal

Lunes, 13 de abril de 2026

¡Buenos días a todos!

¡Bienvenidos a bordo, me alegra saludarlos a todos esta mañana!

Quisiera decirles algo: Este viaje, que es muy especial por varias razones, debía ser el primero del pontificado. Ya el año pasado, en el mes de mayo, había dicho: como primer viaje quisiera visitar África. Como saben, hubo quien enseguida me sugirió Argelia por san Agustín y, de hecho, estoy muy contento de visitar nuevamente la tierra de san Agustín. Además, san Agustín ofrece un puente muy importante para el diálogo interreligioso. Es muy amado en su tierra, como podremos verlo. Por eso, la oportunidad de visitar los lugares de la vida de san Agustín, donde él fue obispo en la ciudad de Hipona —actual Annaba—, es verdaderamente una bendición —también para mí personalmente—, pero creo que también para la Iglesia y para el mundo, porque debemos buscar siempre puentes para construir la paz y la reconciliación. Así, este viaje representa realmente una oportunidad muy valiosa para mantener una misma voz, el mismo mensaje que queremos transmitir: promover la paz, la reconciliación, el respeto y la consideración por todos los pueblos. Entonces, bienvenidos a todos, ¡estoy contento de saludarlos! Buen viaje y gracias por el servicio que ofrecen a todos ¡Gracias!

[Volver al índice](#)

***VISITA AL MONUMENTO DE LOS MÁRTES MAQAM
ECHAHD***

ARGELIA

SALUDO DEL SANTO PADRE

Lunes, 13 de abril de 2026

Queridos hermanos y hermanas de Argelia:

Que la paz esté con ustedes. *As-salamu alaykom!*

Doy gracias a Dios por darme la oportunidad de visitar su país como Sucesor del apóstol Pedro, después de haberlo hecho ya en dos ocasiones como hijo espiritual de san Agustín. Pero, sobre todo, quien viene ante ustedes es un hermano, feliz de poder renovar, en este encuentro, los lazos de afecto que unen nuestros corazones.

Mirándolos a todos, veo el rostro de un pueblo joven y fuerte, cuya hospitalidad y fraternidad he experimentado en repetidas ocasiones. En el corazón argelino, la amistad, la confianza y la solidaridad no son simples palabras, sino valores importantes que dan calidez y fortaleza a la convivencia.

Argelia es un país extenso, con una larga historia y ricas tradiciones que se remontan a la época de san Agustín e incluso mucho antes de él. Una historia dolorosa, marcada incluso por períodos de violencia que, sin embargo, gracias a la nobleza de espíritu que los caracteriza y que siento viva ahora aquí, han superado con valentía y honestidad.

Detenerse ante este Monumento es un homenaje a esa historia y al alma de un pueblo que ha luchado por la independencia, la dignidad y la soberanía de esta nación.

En este lugar recordamos que Dios desea la paz para cada país; una paz que no es sólo ausencia de conflicto, sino expresión de justicia y de dignidad. Esta paz, que permite enfrentar el futuro con ánimo reconciliado, es posible solamente con el perdón. La lucha verdadera por la liberación será ganada definitivamente sólo cuando la paz se haya conquistado finalmente en los corazones. Sé cuán difícil sea perdonar. Sin embargo, mientras los conflictos se multiplican continuamente en todo el mundo, no se puede añadir resentimiento al resentimiento, de generación en generación.

El futuro pertenece a los hombres y a las mujeres de paz. Al final, la justicia triunfará siempre sobre la injusticia, así como la violencia, más allá de toda apariencia, no tendrá nunca la última palabra.

En esta tierra, intersección de culturas y religiones, el respeto mutuo representa el camino para que los pueblos puedan avanzar juntos. Que Argelia, fortalecida por sus raíces y por la esperanza de sus jóvenes, continúe ofreciendo una contribución de estabilidad y diálogo en la comunidad de las naciones y en las costas del Mediterráneo.

Cada pueblo atesora un patrimonio único de historia, de cultura y de fe. Argelia posee también esta riqueza, que ha sostenido su camino en los momentos difíciles y sigue orientando su futuro. En este patrimonio, la fe en Dios ocupa un lugar central: ilumina la vida de las personas, sostiene a las familias e inspira el sentido de la fraternidad. Un pueblo que ama a Dios posee la riqueza más verdadera, y el pueblo argelino guarda esta joya en su tesoro. Nuestro mundo necesita este tipo de creyentes, hombres y mujeres de fe, sedientos de justicia y de unidad. Por eso, ante una humanidad anhelante de fraternidad y de reconciliación, es un gran don y un bendito compromiso el declararnos con fuerza y ser siempre, juntos, hermanos entre nosotros e hijos de Dios.

A quien busca riquezas que se desvanecen, que engañan y decepcionan, y que, lamentablemente, a menudo terminan corrompiendo el corazón humano y generando envidias, rivalidades y conflictos, Jesús repite, una vez más, la pregunta que hizo hace dos

mil años: «¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida?» (*Mt 16,26*). Es una pregunta fundamental para todos, a la que los difuntos que aquí se honran dieron respuesta: perdieron la vida, pero en otro sentido, entregándola por amor a su pueblo. Que su ejemplo sostenga al pueblo argelino y a todos nosotros en nuestro camino, porque la verdadera libertad no sólo se hereda, sino que se elige cada día.

Permítanme, por tanto, concluir repitiendo las palabras de Jesús a sus discípulos, a las que llamamos Sermón de la montaña o Bienaventuranzas:

«Felices los que tienen alma de pobres,
porque a ellos les pertenece el Reino de los Cielos.
Felices los pacientes,
porque recibirán la tierra en herencia.
Felices los afligidos,
porque serán consolados.
Felices los que tienen hambre y sed de justicia,
porque serán saciados.
Felices los misericordiosos,
porque obtendrán misericordia.
Felices los que tienen el corazón puro,
porque verán a Dios.
Felices los que trabajan por la paz,
porque serán llamados hijos de Dios.
Felices los que son perseguidos por practicar la justicia,
porque a ellos les pertenece el Reino de los Cielos» (*Mt 5,3-10*).

Gracias por la bienvenida. ¡Que Dios los bendiga!

[Volver al índice](#)

***ENCUENTRO CON LAS AUTORIDADES, CON LA
SOCIEDAD CIVIL Y CON EL CUERPO DIPLOMÁTICO***

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Centro de Convenciones “Djamaa el Djazair” (Argel)

Lunes, 13 de abril de 2026

Señor Presidente,
distinguidas autoridades y miembros del Cuerpo diplomático,
señoras y señores:

Expreso mi profunda gratitud por la invitación a visitar Argelia, que he recibido justo al inicio de mi ministerio petrino. ¡Gracias por su acogida! Ustedes saben que, como hijo espiritual de san Agustín, ya dos veces —en 2004 y en 2013— he venido a Annaba, y estoy agradecido con la Divina Providencia porque, según su misterioso designio, ha dispuesto que yo regresara de nuevo aquí, ahora como Sucesor de Pedro. Vengo entre ustedes como peregrino de paz, con el deseo de encontrarme con el noble pueblo argelino. Somos hermanos y hermanas, porque tenemos al mismo Padre en los cielos; el profundo sentido religioso del pueblo argelino es el secreto de una cultura del encuentro y de la reconciliación, de la cual también mi visita quiere ser signo. En un mundo lleno de enfrentamientos e incomprensiones, ¡encontrémonos y tratemos de comprendernos, reconociendo que todos somos una sola familia! Hoy, la sencillez de esta certeza es la llave para abrir muchas puertas cerradas.

Queridos hermanos y hermanas, vengo entre ustedes como testigo de la paz y la esperanza que el mundo anhela ardientemente y que su pueblo siempre ha buscado; un pueblo que nunca se ha dejado vencer por las pruebas, porque está arraigado en ese sentido de

solidaridad, acogida y comunidad con el que está tejida la vida cotidiana de millones de personas humildes y justas. Ellos son los fuertes, ellos son el futuro; quienes no se dejan cegar por el poder y la riqueza, quienes no sacrifican la dignidad de sus conciudadanos en favor de su propia fortuna personal o la de su grupo. En particular, en muchos ámbitos he sido testigo de la gran generosidad que el pueblo argelino demuestra tanto hacia sus compatriotas como hacia los extranjeros. Esta actitud refleja una hospitalidad profundamente arraigada en las comunidades árabes y bereberes, ese deber sagrado que en todas partes deseáramos encontrar como valor social fundamental. Del mismo modo, la limosna (*sadaka*) es una práctica común y natural entre ustedes, incluso entre quienes tienen recursos limitados. En su origen, la palabra *sadaka* significa justicia; no retener para sí mismo lo que uno posee, sino compartirlo, es en realidad una cuestión de justicia. Injusto es quien acumula riquezas y permanece indiferente ante los demás. Esta visión de la justicia es simple y radical: reconoce en el otro la imagen de Dios. Una religión sin piedad y una vida social sin solidaridad son un escándalo a los ojos de Dios. Sin embargo, muchas sociedades que se creen avanzadas se precipitan cada vez más en la desigualdad y la exclusión. Las personas y las organizaciones que dominan sobre los demás —y África lo sabe bien— destruyen el mundo que el Altísimo ha creado para que todos viviéramos juntos.

Los dramáticos acontecimientos históricos del pasado ofrecen a su país una perspectiva singularmente crítica sobre el equilibrio global. Si logran dialogar con las inquietudes de todos y mostrar solidaridad con el sufrimiento de tantos países, cercanos y lejanos, su experiencia puede contribuir a imaginar y alcanzar una mayor justicia entre los pueblos. No multiplicando incomprendiones y conflictos, sino respetando la dignidad de cada persona y dejándose conmover por el dolor ajeno, podrán convertirse en protagonistas de un nuevo rumbo de la historia —hoy más urgente que nunca— ante las continuas violaciones del derecho internacional y de las tentaciones neocoloniales.

Mis predecesores ya habían percibido con claridad el alcance trascendental de este desafío. Benedicto XVI señaló que «el proceso de globalización, adecuadamente entendido y gestionado, ofrece la posibilidad de una gran redistribución de la riqueza a escala planetaria como nunca se ha visto antes; pero, si se gestiona mal, puede incrementar la pobreza y la desigualdad, contagiando además con una crisis a todo el mundo» (Carta enc. *Caritas in veritate*, 42). Además, el Papa Francisco, debido a su amplia experiencia entre las contradicciones del Sur global, ha destacado la importancia de aquello que sólo puede entenderse desde la periferia de los grandes centros de poder y de decisión. El Papa Francisco escribía: «Hace falta pensar en la participación social, política y económica de tal manera que incluya a los movimientos populares y anime las estructuras de gobierno locales, nacionales e internacionales con ese torrente de energía moral que surge de la incorporación de los excluidos en la construcción del destino común» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 169).

Los exhorto, pues, a ustedes, que tienen autoridad en este país, a no temer tal perspectiva y a promover una sociedad civil viva, dinámica y libre, en la que especialmente a los jóvenes se reconozca la capacidad de contribuir a ampliar el horizonte de la esperanza para todos. La verdadera fuerza de un país reside en la cooperación de todos para la realización del bien común. Las autoridades están llamadas no a dominar, sino a servir al pueblo y a su desarrollo. La acción política encuentra, por tanto, su criterio en la justicia, sin la cual no hay paz auténtica, y se expresa en la promoción de condiciones equitativas y dignas para todos. También la Iglesia católica, con sus comunidades e iniciativas, desea contribuir al bien común de Argelia, fortaleciendo su particular identidad de puente entre el Norte y el Sur, entre Oriente y Occidente.

El Mediterráneo, por un lado, y el Sáhara, por el otro, comportan, de hecho, confluencia de caminos geográficos y espirituales de gran importancia. Si profundizamos en su historia, sin simplificaciones ni ideologías, encontraremos allí ocultos inmensos tesoros de humanidad, porque el mar y el desierto son, desde hace milenios,

lugares de enriquecimiento mutuo entre pueblos y culturas. ¡Ay de nosotros si los convertimos en cementerios donde muere también la esperanza! ¡Liberemos del mal estos inmensos depósitos de historia y de futuro! ¡Multipliquemos los oasis de paz, denunciemos y eliminemos las causas de la desesperación, luchemos contra quienes lucran con la desgracia ajena! Son ganancias ilícitas, en efecto, las de quienes especulan con la vida humana, cuya dignidad es inviolable. Unamos, pues, nuestras fuerzas, nuestras energías espirituales, toda inteligencia y recurso que hagan de la tierra y del mar lugares de vida, de encuentro, de maravilla. Que su majestuosa belleza toque nuestro corazón; que su paisaje infinito nos interrogue sobre la trascendencia. El Mediterráneo, el Sáhara y el inmenso cielo que los domina nos susurran que la realidad nos sobrepasa por todas partes, que Dios es verdaderamente grande y que todo lo vivimos en el misterio de su presencia.

Esta idea tiene enormes consecuencias sobre la realidad. En nuestros días, son muchos los que subestiman su alcance. Si lo analizamos bien, también la sociedad argelina conoce la tensión entre sentido religioso y vida moderna. Aquí, como en todo el mundo, tienden a manifestarse dinámicas opuestas, de fundamentalismo o de secularización, por las que muchos pierden el sentido auténtico de Dios y de la dignidad de todas sus criaturas. Es así que los símbolos y las palabras religiosas pueden convertirse, por una parte, en lenguajes blasfemos de violencia y opresión y, por otra, en signos carentes de significado, en el gran mercado de consumos que no sacian.

Estas polarizaciones absurdas, sin embargo, no deben asustarnos. Hay que enfrentarlas con inteligencia. Son señal de que vivimos una época extraordinaria, de gran renovación, en la que quien mantiene libre el corazón y despierta la conciencia puede obtener de las grandes tradiciones espirituales y religiosas nuevas visiones de la realidad y motivaciones inquebrantables para el compromiso. Es necesario educar en el sentido crítico y en la libertad, en la escucha y en el diálogo, en la confianza que nos hace reconocer en quien es diferente a un compañero de viaje, no a una amenaza. Debemos

trabajar juntos por la sanación de la memoria y la reconciliación entre antiguos adversarios. Es el don que pido para ustedes, para Argelia y para todo su pueblo, sobre el cual invoco abundantes bendiciones del Altísimo.

[Volver al índice](#)

VISITA A LA GRAN MEZQUITA DE ARGEL

Discurso espontáneo del Santo Padre en la Gran Mezquita de Argel

Gran Mezquita de Argel

Lunes, 13 de abril de 2026

El Santo Padre respondió en italiano a las palabras de bienvenida del Rector de la Gran Mezquita, Mohamed Mamoun Al Qasimi.

Agradezco por esta reflexión y por estas palabras –tan importantes en esta visita– pronunciadas desde un lugar que representa el espacio que pertenece a Dios, un espacio divino, sagrado, donde tantas personas vienen a orar para encontrar la presencia del Altísimo, de Dios, en sus vidas.

Como usted sabe, vengo con gran alegría a Argelia porque es también la tierra de mi padre espiritual, san Agustín, que ha querido enseñar tantas cosas al mundo, sobretodo con la búsqueda de la verdad, con la búsqueda de Dios, reconociendo la dignidad de cada ser humano y la importancia de construir la paz.

Buscar a Dios es reconocer la imagen de Dios en cada criatura, en los hijos de Dios, en cada hombre y mujer creados a imagen y semejanza de Dios. Esto significa para nosotros que es muy importante aprender a vivir juntos con respeto por la dignidad de cada persona humana.

Hay otro valor que ustedes han querido incluir en este bellísimo centro: precisamente con la Mezquita, lugar de oración, también se encuentra un centro de estudio. Es muy importante que el ser humano desarrolle la capacidad intelectual que Dios ha dado al

hombre, para que podamos descubrir cuán grande es la creación, cuán grande es lo que Dios ha dejado en toda la creación y especialmente en el ser humano.

Con el espíritu, con este lugar de oración, con la búsqueda de la verdad, incluso a través del estudio, y con la capacidad de reconocer la dignidad de todo ser humano, nosotros sabemos –y hoy este encuentro es la prueba de ello– que podemos aprender a respetarnos mutuamente, vivir en armonía y construir un mundo de paz.

Esta tarde oro por ustedes, por el pueblo de Argelia, por todos los pueblos de la tierra, para que la paz y la justicia del Reino de Dios se hagan presentes también en medio de nosotros, y para que todos estemos cada vez más convencidos, de la necesidad de ser promotores de la paz, de la reconciliación, del perdón y de lo que es verdaderamente la voluntad de Dios para toda su creación.

[Volver al índice](#)

ENCUENTRO CON LA COMUNIDAD ARGELINA

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Basílica de Nuestra Señora de África (Argel)

Lunes, 13 de abril de 2026

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

La paz esté con ustedes.

Queridos hermanos en el episcopado,
queridos sacerdotes y diáconos, religiosos y religiosas,
amados hijos de la Iglesia en Argelia:

Con gran alegría y afecto paternal me encuentro hoy con ustedes, que son una presencia discreta y preciosa, arraigada en esta tierra, marcada por una historia antigua y por luminosos testimonios de fe.

Su comunidad tiene raíces muy profundas. Son herederos de una multitud de testigos que han dado la vida, impulsados por el amor a Dios y al prójimo. Pienso particularmente en los diecinueve religiosos y religiosas mártires de Argelia, que decidieron estar junto a este pueblo compartiendo sus alegrías y sus dolores. Su sangre es una semilla viva que nunca deja de dar fruto.

Son también herederos de una tradición aún más antigua, que se remonta a los primeros siglos del cristianismo. En esta tierra resonó la ferviente voz de Agustín de Hipona, precedida por el testimonio de su madre, santa Mónica, y de otros santos. Su memoria es una clara llamada a ser, hoy, signos creíbles de comunión, diálogo y paz.

A todos ustedes, queridos hermanos, y a aquellos que, no pudiendo estar presentes, siguen este encuentro a la distancia, expreso mi

gratitud por el compromiso cotidiano con el que hacen visible el rostro materno de la Iglesia. Agradezco a Su Eminencia las palabras que me ha dirigido, y también a Rakel, Ali, Monia y la Hna. Bernadette por lo que han compartido. A la luz de lo que hemos escuchado, quisiera que nos detengamos a reflexionar juntos sobre tres aspectos de la vida cristiana que considero muy importantes, especialmente por su presencia aquí: la *oración*, la *caridad* y la *unidad*.

Ante todo, la *oración*. Todos la necesitamos. Lo subrayaba san Juan Pablo II hablando a los jóvenes: «El hombre —decía— no puede vivir sin orar lo mismo que no puede vivir sin respirar» (*Encuentro con los jóvenes musulmanes en Casablanca, 19 agosto 1985, 4*). De ese modo, presentaba el diálogo con Dios como un elemento indispensable no sólo para la vida de la Iglesia, sino también para la de cada persona. Asimismo lo había comprendido san Carlos de Foucauld, que había reconocido su vocación a ser presencia orante. Escribía: “Me siento feliz, feliz de estar a los pies del Santísimo Sacramento a todas horas” (*Carta a Raymond de Blic, 9 diciembre 1907*) y aconsejaba: “Recen mucho por los demás. Conságrense a la salvación del prójimo con todos los medios a su alcance: oración, bondad, ejemplo” (*Carta a Louis Massignon, 1 agosto 1916*).

A este respecto, Ali, hablando de su experiencia de servicio en *Notre Dame d’Afrique*, nos ha dicho que muchos vienen aquí para orar en silencio, presentar y encomendar al Señor sus preocupaciones y a las personas que aman y encontrar a alguien dispuesto a escucharlos y a compartir las cargas que llevan en el corazón, y ha visto cómo tantos se van serenos y felices de haber venido. La oración une y humaniza, refuerza y purifica el corazón, y la Iglesia en Argelia, gracias a la oración, siembra humanidad, unidad, fuerza y pureza a su alrededor, llegando a lugares y contextos que sólo el Señor conoce.

Un segundo aspecto de la vida eclesial en el que quisiera detenerme es el de la *caridad*. Nos ha hablado de ello, en particular, la Hna. Bernadette, compartiendo su experiencia de asistencia a los niños con discapacidad y a sus padres. En lo que ha dicho, percibimos el

valor de la misericordia y del servicio no sólo como ayuda a los más frágiles, sino sobre todo como lugar de gracia, en el que cualquiera que se deje involucrar crece y se enriquece. La Hna. Bernadette nos ha contado cómo a partir de un sencillo e inicial gesto de cercanía —la visita a los enfermos— han nacido, cual retoños, primero un sistema de acogida y, después, una organización asistencial cada vez más articulada, una verdadera comunidad en la que muchísimas personas participan, tanto en los acontecimientos alegres como en los dolorosos, unidos por vínculos de confianza, amistad y familiaridad. Un ambiente así es sano y sanador, y no sorprende el hecho de que, en él, el que sufre encuentre los recursos necesarios para mejorar la propia salud, llevando al mismo tiempo alegría a los demás, como en el caso de Fátima.

Por lo demás, el amor a los hermanos es precisamente el que ha animado el testimonio de los mártires que hemos recordado. Frente al odio y a la violencia, permanecieron fieles a la caridad hasta el sacrificio de la vida, junto con tantos otros hombres y mujeres, cristianos y musulmanes. Lo hicieron sin pretensiones y sin clamor, con la serenidad y la firmeza de quien no presume ni desespera, porque sabe en quién ha puesto su confianza (cf. *2 Tm* 1,12). Para todos, citamos las palabras sencillas de Fray Luc, el anciano monje médico de la comunidad de *Notre-Dame de l'Atlas*, quien ante la posibilidad de partir y de ponerse a salvo de posibles peligros, a costa de abandonar a sus pacientes y amigos, él respondía: “Yo quiero quedarme con ellos” (C. Henning - T. Georgeon, *Fratel Luc di Tibhirine. Monaco, medico e martire*, Ciudad del Vaticano 2025, Introducción), y así lo hizo. El Papa Francisco, al recordarlo a él y a todos los demás, con motivo de la beatificación, decía: «Su testimonio valiente es fuente de esperanza para la comunidad católica argelina y semilla de diálogo para toda la sociedad. Que esta beatificación sea para todos un estímulo para construir juntos un mundo de fraternidad y solidaridad» (8 diciembre 2018).

Y llegamos así al tercer punto de nuestra reflexión: el compromiso por promover la *paz* y la *unidad*. El lema de esta visita son las palabras de Jesús resucitado: «¡La paz esté con ustedes!» (cf. *Jn*

20,21), y en una imagen tomada de los mosaicos de Tipasa se lee: “*In Deo, pax et concordia sit convivio nostro*”, que podríamos traducir: “En Dios, la paz y la armonía pueden reinar en nuestro vivir juntos”. La paz y la armonía han sido características fundamentales de la comunidad cristiana desde sus orígenes (cf. *Hch* 2,42-47), por deseo mismo de Jesús (cf. *Jn* 17,23), que dijo: «En esto todos reconocerán que ustedes son mis discípulos: en el amor que se tengan los unos a los otros» (*Jn* 13,35). San Agustín afirmaba al respecto que la Iglesia «engendra a los pueblos, pero todos son miembros de uno solo» (*Sermón* 192, 2) y san Cipriano escribía: «El mayor sacrificio delante de los ojos de Dios es la paz y la unión fraternal, y un pueblo unido a proporción que están unidos el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo» (*Sobre la oración dominical*, IV, 95). Es hermoso, hoy, al oír tanta riqueza de palabras y de ejemplos, hacer eco de lo que hemos escuchado.

Es signo de ello, como nos ha recordado Su Eminencia, esta misma basílica, símbolo de una Iglesia de piedras vivas donde, bajo el manto de Nuestra Señora de África, se construye la comunión entre cristianos y musulmanes. Aquí el amor maternal de *Lalla Meryem* reúne a todos como hijos, cada uno rico en su diversidad, unidos por la misma aspiración a la dignidad, al amor, a la justicia y a la paz. Hijos deseosos de caminar juntos, de vivir, rezar, trabajar y soñar, porque la fe no aísla, sino que abre; une, pero no confunde; acerca sin uniformar y hace crecer una verdadera fraternidad, como nos ha dicho Monia, y como ha testimoniado Rakel, compartiendo su experiencia en la *Tlemcen Fellowship*. En un mundo donde las divisiones y las guerras siembran dolor y muerte entre las naciones, en las comunidades e incluso en las familias, su forma de vivir juntos, unidos y en paz es un gran signo. Así unidos, difundan la hermandad, inspirando en quienes los rodean deseos y sentimientos de comunión y de reconciliación, con un mensaje tanto más fuerte y claro cuanto testimoniado en la sencillez y en la humildad.

Una parte considerable del territorio de este país está ocupada por el desierto, y en el desierto no se sobrevive en soledad. La aspereza de la naturaleza redimensiona toda presunción de autosuficiencia y nos

recuerda a todos que necesitamos los unos de los otros, y que necesitamos a Dios. Es la fragilidad reconocida la que abre el corazón a la ayuda mutua y a la invocación de Aquel que puede dar lo que ningún poder humano es capaz de garantizar: la reconciliación profunda de los corazones y con ello la paz verdadera.

Por eso, queridos hermanos y hermanas, los animo a continuar su labor en tierras argelinas, como comunidad de fe unida y abierta, presencia de la Iglesia «sacramento universal de salvación» (Conc. Ecum. Vat. II, *Lumen gentium*, 48). Gracias por todo lo que hacen, por su oración, por su caridad y por su testimonio de unidad. Les aseguro mi recuerdo en la oración ante el Señor y, encomendándolos a María, Nuestra Señora de África, los bendigo de corazón.

[Volver al índice](#)

VISITA AL HOGAR DE ACOGIDA PARA MAYORES DE LAS HERMANITAS DE LOS POBRES

SALUDO DEL SANTO PADRE

*Casa de Acogida para Mayores de las Hermanitas de los Pobres
(Annaba)*

Martes, 14 de abril de 2026

Excelencias,
queridas religiosas,
queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! *As-salamu alaykum!*

Les agradezco por recibirme en esta casa. Estoy contento porque Dios habita aquí, porque donde hay amor y servicio, allí está Dios.

Agradezco a las Hermanitas de los Pobres y al personal de esta residencia. Gracias, Madre Filomena, por la bienvenida que me ha brindado.

Gracias, Monseñor Desfarges, por sus palabras, por sus conmovedoras palabras. Escuchándolo y viendo su presencia aquí en medio de los hermanos y hermanas ancianos, surge espontáneamente la alabanza y el agradecimiento a Dios. Como hizo Jesús aquel día, en el que, estremecido de gozo por el Espíritu Santo, dijo: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así lo has querido» (*Lc 10,21*).

Agradezco al señor Salah Bouchemel su testimonio, tan hermoso y consolador. Pienso que el Señor, desde el cielo, viendo una casa como esta, donde se busca vivir juntos en fraternidad, puede pensar:

¡pues hay esperanza! Sí, porque el corazón de Dios está desgarrado por las guerras, la violencia, las injusticias y las mentiras. Pero el corazón de nuestro Padre no está con los malvados, con los prepotentes, con los soberbios; el corazón de Dios está con los pequeños, con los humildes, y con ellos lleva adelante su Reino de amor y de paz, cada día. Como tratan de hacerlo ustedes aquí en el servicio cotidiano, en su amistad y en la vida comunitaria.

¡Gracias, queridas hermanas y queridos hermanos, por este encuentro! Los tengo presentes en mi oración y de corazón les doy mi bendición.

[Volver al índice](#)

SANTA MISA
HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Basílica de San Agustín (Annaba)

Martes, 14 de abril de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

La Palabra divina atraviesa la historia y la renueva con la voz humana del Salvador. Hoy escuchamos el Evangelio, buena noticia para todos los tiempos, en esta basílica de Annaba dedicada a san Agustín, obispo de la antigua Hipona. A lo largo de los siglos, los lugares que nos acogen han cambiado de nombre, pero los santos han permanecido como nuestros patronos y testigos fieles de un vínculo con la tierra, que viene del cielo. Esta es precisamente la dinámica que el Señor enciende en la noche de Nicodemo: esta es la fuerza que Cristo infunde a la debilidad de su fe y a la tenacidad de su búsqueda.

Enviado por el Espíritu de Dios, que «no sabes de dónde viene ni a dónde va» (*Jn 3,8*), Jesús es para Nicodemo un huésped especial. Lo llama a una vida nueva, dando a su interlocutor y también a nosotros una tarea sorprendente: «ustedes tienen que renacer de lo alto» (v. 7). ¡He aquí la invitación para todo hombre y toda mujer que busca la salvación! Del llamado de Jesús brota la misión para toda la Iglesia y, por tanto, para la comunidad cristiana de Argelia: nacer nuevamente de lo alto, es decir, de Dios. En esta perspectiva, la fe vence las dificultades terrenas y la gracia del Señor hace florecer el desierto. Sin embargo, la belleza de esta exhortación lleva consigo una prueba que el Evangelio nos llama a afrontar juntos.

Las palabras de Cristo, en efecto, tienen toda la firmeza de un deber: *ideben* renacer de lo alto! Tal imperativo resuena en nuestros oídos como un mandato imposible. Escuchando con atención a Aquel que lo da, comprendemos, sin embargo, que no se trata de una dura imposición, ni de una coacción o, menos aún, de una condena al fracaso. Al contrario, el deber expresado por Jesús es para nosotros un don de libertad, porque nos revela una insospechada posibilidad: podemos renacer de lo alto, gracias a Dios. Pero debemos hacerlo según su voluntad de amor, que desea renovar a la humanidad llamándola a una comunión de vida, que comienza con la fe. Mientras Cristo nos pide renovar totalmente toda nuestra existencia, también nos da la fuerza para hacerlo. Lo atestigua bien san Agustín, que le dice al Señor: «Dame lo que mandas y manda lo que quieras» (*Confesiones*, X, 29, 40).

Entonces, cuando nos preguntamos cómo es posible un futuro de justicia y de paz, de concordia y de salvación, recordemos que estamos haciendo a Dios la misma pregunta que Nicodemo: ¿de verdad puede cambiar nuestra historia? ¡Estamos tan cargados de problemas, acechanzas y tribulaciones! ¿De verdad nuestra vida puede recomenzar desde cero? ¡Sí! La afirmación del Señor, tan llena de amor, colma nuestros corazones de esperanza. No importa cuán oprimidos estemos por el dolor o por el pecado; el Crucificado lleva todos esos pesos con nosotros y por nosotros. No importa cuánto nos desanimen nuestras debilidades; porque es precisamente entonces cuando se manifiesta la fuerza de Dios, que ha resucitado a Cristo de entre los muertos para dar vida al mundo (cf. *Rm* 8,1). Cada uno de nosotros puede experimentar la libertad de la vida nueva que viene de la fe en el Redentor. De nuevo, san Agustín nos ofrece un ejemplo: antes que por su sabiduría, lo contemplamos por su conversión. En este renacer, providencialmente acompañado por las lágrimas de su madre, santa Mónica, llegó a ser él mismo exclamando: «Nada sería yo, Dios mío, nada sería yo en absoluto si tú no estuvieses en mí; pero, ¿no sería mejor decir que yo no sería en modo alguno si no estuviese en ti?» (*Confesiones*, I, 2).

Así es; los cristianos nacen de lo alto, regenerados por Dios como hermanos y hermanas de Jesús, y la Iglesia que los nutre con los sacramentos es un seno materno para todos los pueblos de la tierra. Como hemos escuchado hace poco, los Hechos de los Apóstoles dan testimonio de ello al narrar el estilo que distingue a la humanidad renovada por el Espíritu Santo (cf. *Hch* 4,32-37). También hoy es necesario acoger y realizar este canon apostólico, meditándolo como auténtico criterio de reforma eclesial; una reforma que comienza en el corazón, para ser verdadera, y concierne a todos, para hacerse eficaz.

En primer lugar, «la multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma» (v. 32). Esta unidad espiritual es la *concordia*, palabra que expresa bien la comunión de corazones que latén juntos, porque están unidos al de Cristo. La Iglesia naciente no se basa, por tanto, en un contrato social, sino en una armonía en la fe, en los afectos, en las ideas y en las opciones de vida, pues tiene el centro en el amor de Dios, hecho hombre para salvar a todos los pueblos de la tierra.

En segundo lugar, contemplamos el efecto material de esta unidad espiritual de los creyentes: «todo era común entre ellos» (v. 32). Todos lo comparten todo, participando en los bienes de cada uno como miembros de un solo cuerpo. Nadie se ve privado de algo, porque cada uno pone en común lo que le es propio. Transformando la posesión en don, esta entrega fraterna no representa una utopía más que para los corazones rivales entre sí y las almas ávidas de sí mismas. Al contrario, la fe en el único Dios, Señor del cielo y de la tierra, une a los hombres según una justicia perfecta, que invita a todos a la caridad, es decir, a amar a toda criatura con el amor que Dios nos da en Cristo. Por eso, sobre todo ante la indigencia y la opresión, los cristianos tienen como código fundamental la caridad: hagamos al prójimo lo que quisiéramos que hicieran por nosotros (cf. *Mt* 7,12). La Iglesia, animada por esta ley que Dios escribe en los corazones, está siempre dando vida, porque donde hay desesperación, enciende esperanza; donde hay miseria, lleva dignidad; donde hay conflicto, lleva reconciliación.

En tercer lugar, en el texto de los Hechos encontramos el fundamento de esta vida nueva, que involucra a pueblos de toda lengua y cultura: «Los Apóstoles daban testimonio con mucho poder de la resurrección del Señor Jesús y gozaban de gran estima» (*Hch* 4,33). La caridad que los anima, antes que compromiso moral, es signo de salvación; los Apóstoles proclaman que nuestra vida puede cambiar porque Cristo ha resucitado de entre los muertos. La primera tarea de los pastores, ministros del Evangelio es, por tanto, dar testimonio de Dios al mundo con un sólo corazón y una sola alma, sin que las preocupaciones nos corrompan con el miedo ni las modas nos debiliten mediante las componendas. Junto con ustedes, hermanos en el episcopado, y con ustedes, presbíteros, renovemos constantemente esta misión para el bien de cuantos nos han sido confiados, a fin de que la Iglesia entera sea, en su servicio, mensaje de vida nueva para aquellos que encontramos.

Queridísimos cristianos de Argelia: permanezcan en esta tierra como signo humilde y fiel del amor de Cristo. Den testimonio del Evangelio con gestos sencillos, relaciones verdaderas y un diálogo vivido día a día; así darán sabor y serán luz allí donde viven. La presencia de ustedes en el país trae a la mente el incienso: un grano incandescente, que esparce perfume porque da gloria al Señor y alegría y consuelo a tantos hermanos y hermanas. Ese incienso es un elemento pequeño y precioso, que no está en el centro de la atención, sino que invita a dirigir nuestros corazones a Dios, animándonos unos a otros a perseverar en las dificultades del tiempo presente. Del incensario de nuestro corazón se elevan, en efecto, la alabanza, la bendición y la súplica, difundiendo el suave olor (cf. *Ef* 5,1) de la misericordia, de la limosna y del perdón. Su historia está hecha de acogida generosa y de tenacidad en la prueba; aquí han orado los mártires, aquí san Agustín amó a su grey buscando la verdad con pasión y sirviendo a Cristo con fe ardiente. Sean herederos de esta tradición, dando testimonio en la caridad fraterna de la libertad de quien nace de lo alto como esperanza de salvación para el mundo.

[Volver al índice](#)

Camerún



***PALABRAS DEL SANTO PADRE A LOS PERIODISTAS
DURANTE EL VUELO CON DESTINO A YAUNDÉ***

Vuelo papal

Miércoles, 15 de abril de 2026

Buenos días a todos. Espero que hayan descansado y estén listos para la próxima etapa de nuestro viaje.

Me alegra saludarlos esta mañana, después de lo que considero ha sido un viaje y una visita a Argelia muy bendecidos. Quisiera comenzar expresando unas palabras de agradecimiento a todas las autoridades de Argelia, que hicieron posible dicha visita. Como pueden ver, incluso nos han hecho el gran honor de escoltarnos durante nuestro vuelo por el espacio aéreo de Argelia. Este es un signo de la bondad, generosidad y respeto que el pueblo y el gobierno argelinos han querido mostrar a la Santa Sede y a mi persona. Me gustaría manifestarles mi gratitud tanto a ellos, así como a la pequeña, pero significativa, representación de la Iglesia católica en Argelia.

Como saben, hemos realizado unas visitas muy especiales, tanto a la basílica de Nuestra Señora de África como a la basílica de san Agustín, ubicada sobre la colina que mira a la ciudad moderna de Annaba y a las ruinas de la ciudad romana de Hipona. Yo diría que esto, en sí mismo, es simbólicamente significativo por el hecho de que san Agustín, que fue obispo de Hipona por más de treinta años, es una figura que pertenece al pasado, lo cual nos habla de tradición y del desarrollo de la vida de la Iglesia en sus primeros siglos. Y sin embargo, él continúa siendo una figura importante también en nuestro tiempo, ya que sus escritos, enseñanzas y espiritualidad son una invitación para buscar a Dios y a la verdad, algo muy necesario en la actualidad; un mensaje que hoy en día es muy relevante para

todos nosotros, como creyentes en Jesucristo, pero también para todos los demás.

Como han podido comprobar, incluso el pueblo argelino, cuya gran mayoría no es cristiana, honra y respeta profundamente la memoria de san Agustín como uno de los grandes hijos de su tierra. Personalmente, regresar de nuevo ayer a Annaba fue una especial bendición para mí, pero también lo fue brindar a la Iglesia y al mundo la visión que san Agustín nos ofrece, en cuanto a la búsqueda de Dios y la dificultad para construir comunidad, para encontrar la unidad entre todos los pueblos y el respeto hacia todos ellos a pesar de las diferencias.

En los pasados dos días en Argelia pienso que tuvimos una maravillosa oportunidad para seguir construyendo puentes y promoviendo el diálogo. Creo que la visita a mezquita fue significativa y no obstante nuestra diferencia de credos, de maneras de orar y de vivir, la convivencia pacífica es posible. Y por eso considero que promover este tipo de mensaje es algo que el mundo necesita escuchar hoy en día, y que juntos podemos seguir transmitiéndolo a través de nuestro testimonio mientras continuamos con este Viaje Apostólico.

Que tengan un buen viaje. Ha sido un placer encontrarme con ustedes. Les agradezco una vez más su servicio. Muchas gracias.

[Volver al índice](#)

***ENCUENTRO CON LAS AUTORIDADES, CON LA
SOCIEDAD CIVIL Y CON EL CUERPO DIPLOMÁTICO***

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Palacio Presidencial (Yaoundé)

Miércoles, 15 de abril de 2026

Señor Presidente,
distinguidas autoridades y miembros del Cuerpo diplomático,
señoras y señores:

Les agradezco de corazón la cálida acogida que me han dispensado y las palabras de bienvenida que me han dirigido. Es con profunda alegría que me encuentro en Camerún, a menudo definido como “África en miniatura” por la riqueza de sus territorios, sus culturas, sus lenguas y sus tradiciones. Esta variedad no es una fragilidad; es un tesoro. Constituye una promesa de fraternidad y un sólido fundamento para construir una paz duradera.

Vengo entre ustedes como pastor y como servidor del diálogo, de la fraternidad y de la paz. Mi visita expresa el afecto del Sucesor de Pedro por todos los cameruneses, así como el deseo de animar a cada uno a proseguir, con entusiasmo y perseverancia, en la construcción del bien común. Vivimos, en efecto, una época en la que la resignación se extiende y el sentimiento de impotencia tiende a paralizar la renovación que los pueblos anhelan profundamente. ¡Cuánta hambre y sed de justicia! ¡Cuánta sed de participación, de horizontes, de decisiones valientes y de paz! Es mi gran deseo llegar al corazón de todos, en particular de los jóvenes, llamados a dar forma, también política, a un mundo más justo. Deseo además manifestar la voluntad de reforzar los lazos de cooperación entre la

Santa Sede y la República de Camerún, fundados en el respeto mutuo, en la dignidad de cada persona humana y en la libertad religiosa.

Camerún conserva en su memoria las visitas de mis predecesores: la de san Juan Pablo II, mensajero de esperanza para todos los pueblos de África, y la de Benedicto XVI, que subrayó la importancia de la reconciliación, la justicia y la paz, así como la responsabilidad moral de los gobernantes. Sé que esos momentos marcaron su historia nacional, como exhortaciones exigentes al espíritu de servicio, a la unidad y a la justicia. Podemos, pues, preguntarnos: ¿en qué punto nos encontramos? ¿De qué manera ha dado fruto la Palabra que se nos ha anunciado? ¿Y qué queda por hacer?

San Agustín, hace mil seiscientos años, escribía palabras de gran actualidad: «Hasta los que mandan están al servicio de quienes, según las apariencias, son mandados. Y no les mandan por afán de dominio, sino por su obligación de mirar por ellos; no por orgullo de sobresalir, sino por un servicio lleno de bondad».^[1] Desde esta perspectiva, servir a la propia patria significa dedicarse con mente lúcida y conciencia íntegra al bien común de todo el pueblo: de la mayoría, de las minorías y de su armonía recíproca.

Hoy, como muchas otras naciones, su país está atravesando pruebas complejas. Las tensiones y la violencia que han afectado a algunas regiones del noroeste, del suroeste y del extremo norte han provocado un profundo sufrimiento: vidas perdidas, familias desplazadas, niños privados de la escuela, jóvenes que no ven un futuro. Detrás de las estadísticas hay rostros, historias y esperanzas heridas. Ante situaciones tan dramáticas, a principios de este año invité a la humanidad a rechazar la lógica de la violencia y de la guerra, para abrazar una paz fundada en el amor y la justicia. Una paz que sea *desarmada*, es decir, no basada en el miedo, la amenaza o el armamento; y *desarmante*, porque es capaz de resolver los conflictos, de abrir los corazones y de generar confianza, empatía y esperanza. La paz no puede reducirse a un eslogan: debe encarnarse en un estilo, personal e institucional, que repudie toda forma de

violencia. Por eso reitero con fuerza: «El mundo tiene sed de paz [...]. ¡Basta ya de guerras, con sus dolorosos cúmulos de muertos, destrucciones y exiliados!». [\[2\]](#) Este grito quiere ser un llamamiento a la voluntad de contribuir a una paz auténtica, anteponiéndola a cualquier interés particular.

La paz, de hecho, no se decreta: se acoge y se vive. Es un don de Dios, que se desarrolla en una labor paciente y colectiva. Es responsabilidad de todos; en primer lugar, de las autoridades civiles. Gobernar significa amar al propio país y también a los países vecinos; el mandamiento “ama a tu prójimo como a ti mismo” es aplicable también en las relaciones internacionales. Gobernar significa escuchar realmente a los ciudadanos, valorar su inteligencia y su capacidad para contribuir a la construcción de soluciones duraderas a los problemas. El Papa Francisco ha señalado la necesidad de superar «esa idea de las políticas sociales concebidas como una política hacia los pobres pero nunca con los pobres, nunca de los pobres y mucho menos inserta en un proyecto que reunifique a los pueblos». [\[3\]](#)

En este cambio de enfoque, la sociedad civil debe considerarse una fuerza vital para la cohesión nacional. Es un paso para el que Camerún también está preparado. Asociaciones, organizaciones de mujeres y de jóvenes, sindicatos, ONG humanitarias, líderes tradicionales y religiosos: todos desempeñan un papel insustituible en la construcción de la paz social. Son ellos los primeros en intervenir cuando surgen tensiones; son ellos quienes acompañan a los desplazados, apoyan a las víctimas, abren espacios de diálogo y fomentan la mediación local. Su cercanía al territorio permite comprender las causas profundas de los conflictos y vislumbrar respuestas adecuadas. La sociedad civil contribuye además a formar las conciencias, a promover la cultura del diálogo y el respeto de las diferencias. De este modo, es en su seno donde se prepara un futuro menos expuesto a la incertidumbre. Quisiera destacar con gratitud el papel de las mujeres. A menudo, lamentablemente son las primeras víctimas de los prejuicios y de la violencia, y aun así continúan siendo incansables artífices de paz. Su compromiso con la educación,

la mediación y la reconstrucción del tejido social es inigualable y constituye un freno a la corrupción y a los abusos de poder. También por esto su voz debe ser plenamente reconocida en los procesos de toma de decisiones.

Ante tanta generosa dedicación dentro de la sociedad, la transparencia en la gestión de los recursos públicos y el respeto al Estado de derecho son esenciales para restablecer la confianza. Es hora de atreverse a hacer un examen de conciencia y dar un valiente salto cualitativo. Las instituciones justas y creíbles se convierten en pilares de estabilidad. La autoridad pública está llamada a ser un puente, nunca un factor de división, incluso allí donde parece reinar la inseguridad. La seguridad es una prioridad, pero debe ejercerse siempre respetando los derechos humanos, uniendo rigor y magnanimidad, con especial atención a los más vulnerables. Una paz auténtica nace cuando cada uno se siente protegido, escuchado y respetado, cuando la ley es un límite seguro contra el arbitrio del más rico y del más fuerte.

Si lo pensamos bien, hermanos y hermanas, los altos cargos que ustedes ocupan exigen un doble testimonio. El primero se realiza en la colaboración entre los diversos órganos y niveles administrativos del Estado al servicio del pueblo y especialmente de los más pobres; el segundo se lleva a cabo vinculando sus responsabilidades institucionales y profesionales a una conducta íntegra en la vida.^[4] Para que se afiancen la paz y la justicia es necesario romper las cadenas de la corrupción, que desfiguran a los dirigentes, quitándoles autoridad. Es necesario liberar el corazón de esa sed de ganancia que es idolatría; el verdadero beneficio es el desarrollo humano integral, es decir, el crecimiento equilibrado de todos los aspectos que hacen de la vida en esta tierra una bendición.

Camerún posee los recursos humanos, culturales y espirituales necesarios para superar las pruebas y los conflictos y avanzar hacia un futuro de estabilidad y prosperidad compartida. Es necesario que el compromiso común en favor del diálogo, la justicia y el desarrollo integral transforme las heridas del pasado en fuentes de renovación.

Como decía, los jóvenes representan la esperanza del país y de la Iglesia. Su energía y su creatividad son riquezas inestimables. Naturalmente, cuando persisten el desempleo y la exclusión, la frustración puede generar violencia. Invertir en la educación, la formación y el espíritu emprendedor de los jóvenes es, entonces, una elección estratégica para la paz. Es la única manera de frenar la fuga de maravillosos talentos hacia otras regiones del planeta. Es también la única forma de combatir las lacras de la droga, la prostitución y la apatía, que arruinan tantas vidas jóvenes, de manera cada vez más dramática.

Gracias a Dios, a los jóvenes cameruneses no les falta una profunda espiritualidad, que aún resiste a la homogeneización del mercado. Se trata de una energía que hace valiosos sus sueños, arraigados en las profecías que alimentan su oración y sus corazones. Las tradiciones religiosas, cuando no son distorsionadas por el veneno de los fundamentalismos, inspiran profetas de paz, justicia, perdón y solidaridad. Al fomentar el diálogo interreligioso e involucrar a los líderes religiosos en las iniciativas de mediación y reconciliación, la política y la diplomacia pueden valerse de fuerzas morales capaces de apaciguar las tensiones, prevenir las radicalizaciones y promover una cultura de estima y respeto recíprocos. La Iglesia católica en Camerún, a través de sus obras educativas, sanitarias y caritativas, desea seguir sirviendo a todos los ciudadanos sin distinción. Desea colaborar lealmente con las autoridades civiles y con todas las fuerzas vivas de la nación para promover la dignidad humana y la reconciliación. Siempre que sea posible, pretende facilitar la cooperación con otros países y los vínculos entre los cameruneses en el mundo y sus comunidades de origen.

Que Dios bendiga a Camerún, sostenga a sus dirigentes, inspire a la sociedad civil, ilumine la labor del Cuerpo diplomático y conceda a todo el pueblo camerunés —cristianos y no cristianos, responsables políticos y ciudadanos— acoger el Reino de Dios, construyendo juntos un futuro de justicia y de paz.

[1] S. Agustín, *De civitate Dei*, XIX, 14.

[2] *Discurso en presencia de líderes religiosos con ocasión del Encuentro Internacional por la Paz* (28 octubre 2025).

[3] Francisco, *Discurso a los participantes en el 3º Encuentro Mundial de Movimientos Populares* (5 noviembre 2016).

[4] Cf. *Discurso a los Prefectos de la República Italiana* (16 febrero 2026).

[Volver al índice](#)

VISITA AL ORFANATO NGUL ZAMBA

SALUDO DEL SANTO PADRE

Orfanato Ngul Zamba (Yaundé)

Miércoles, 15 de abril de 2026

Queridos niños, queridos amigos:

Me siento muy contento de visitar este orfanato, que para ustedes se ha convertido en su casa. En este lugar, ante todo, es el Padre celestial quien los recibe con amor como hijos suyos. Él quiere manifestarles su ternura y estrecharlos en su corazón; también yo deseo hacerlo en su nombre. Ustedes forman una verdadera familia y aquí encuentran hermanos y hermanas que comparten con ustedes una historia dolorosa, ¡y en esta familia el hermano mayor de ustedes es Jesús! Esta fraternidad reunida en torno a Él los vuelve fuertes, los ayuda a llevar juntos las cargas de la vida, y los hace saborear la verdadera alegría.

En un mundo marcado frecuentemente por la indiferencia y el egoísmo, esta casa nos recuerda que todos somos custodios de nuestros hermanos y hermanas, y que, en la gran familia de Dios, nadie es nunca un extranjero o un abandonado, sin importar cuán pequeño pueda ser.

Queridos niños, sé que muchos de ustedes han pasado por pruebas difíciles. Algunos han sufrido el dolor de la ausencia con la pérdida de sus padres o de sus seres queridos. Otros han experimentado el miedo, el rechazo, el abandono, la privación, la incertidumbre. A pesar de todo, ustedes están llamados a un futuro más grande que sus heridas. Son portadores de una promesa. Porque ahí donde puede haber miseria, sufrimiento o injusticia, Dios está presente,

conoce sus rostros y está muy cerca de ustedes. El Evangelio nos recuerda que Jesús tenía una predilección especial por los niños como ustedes, los ponía en el centro. Sepan que Él los mira hoy a cada uno de ustedes con el mismo afecto.

Quisiera expresar también mi agradecimiento a todos aquellos que acompañan a estos niños: a los responsables, a los educadores, al personal, a los voluntarios y, naturalmente, a las hermanas. Su entrega fiel es un hermoso testimonio de amor. Cuidando a estos niños, saborean la alegría prometida por el Señor a quienes sirven a los pequeños (cf. *Mt 25,40*). Su dedicación tiene el rostro de la misericordia divina. Por medio de ella y de su entrega, ustedes les brindan más que un sostén material: les proporcionan a estos niños una presencia, una escucha, una familia, un futuro. A través de ustedes se manifiesta la ternura de Dios, una ternura fiel, que no falla en las pruebas y nunca defrauda. Les agradezco todo lo que hacen y los invito a perseverar con valentía en esta hermosa obra que llevan adelante.

Mientras les doy mi bendición de todo corazón, los encomiendo a cada uno de ustedes a la protección de la Virgen María, nuestra Madre. Que ella los cuide siempre, los consuele en los momentos de tristeza y los ayude a crecer como verdaderos amigos de su Hijo Jesús.

[Volver al índice](#)

ENCUENTRO POR LA PAZ CON LA COMUNIDAD DE BAMENDA

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Catedral de San José (Bamenda)

Jueves, 16 de abril de 2026

Queridas hermanas, queridos hermanos:

Es una alegría para mí estar entre ustedes en esta región tan atormentada. Y tal como acaban de demostrar sus testimonios, todo el dolor que ha azotado a su comunidad hace que hoy sea aún más evidente esta certeza: ¡Dios nunca nos ha abandonado! ¡En Dios, en su paz, siempre podemos volver a empezar!

Su Excelencia, el Arzobispo, recordó la profecía que exclama: «¡Qué hermosos son sobre las montañas los pasos del que trae la buena noticia, del que proclama la paz!» (Is 52,7). Así saludaba mi presencia entre ustedes, pero ahora yo quisiera responder: ¡qué hermosos son también los pies que dan los pasos de ustedes, cubiertos del polvo de esta tierra ensangrentada, pero fértil; de esta tierra ultrajada, pero rica en vegetación y generosa en frutos! Son los pies que los han traído hasta aquí y que, a pesar de las pruebas y los obstáculos, los han mantenido en los caminos del bien. Que todos podamos continuar en el camino del bien que conduce a la paz. Les doy las gracias, porque —¡es cierto!— estoy aquí para anunciar la paz, pero descubro rápidamente que son ustedes los que me la anuncian a mí y al mundo entero. De hecho, como acaba de recordar uno de ustedes, la crisis que ha sacudido estas regiones de Camerún ha acercado más que nunca a las comunidades cristianas y musulmanas, a tal punto que sus líderes religiosos se han unido y

han fundado un Movimiento por la Paz, a través del cual tratan de mediar entre las partes en conflicto.

¡En cuántos lugares en el mundo desearía que sucediera lo mismo! Su testimonio, su trabajo por la paz pueden ser un modelo para todo el mundo. Jesús nos dijo: ¡Bienaventurados los que trabajan por la paz! En cambio, ¡ay de quienes doblegan las religiones y el mismo nombre de Dios a sus propios intereses militares, económicos o políticos, arrastrando lo que es santo hacia lo más sucio y tenebroso! Sí, queridas hermanas y queridos hermanos, ustedes que tienen hambre y sed de justicia, ustedes los pobres, los misericordiosos, los mansos y los de corazón puro, ustedes que han llorado, ¡ustedes son la luz del mundo! (cf. *Mt* 5,3-14). Bamenda, ¡hoy eres la ciudad puesta en lo alto del monte, espléndida a los ojos de todos! Hermanas y hermanos, sean por mucho tiempo la sal que da sabor a esta tierra, ¡no pierdan su sabor tampoco en los años venideros! Atesoren lo que los ha unido y lo que han compartido en la hora del llanto. ¡Que todos atesoremos este día en que nos hemos reunido para trabajar por la paz! Sean aceite que se derrama sobre las heridas humanas.

En este sentido, quiero expresar mi gratitud a todas aquellas personas —en particular a las mujeres, laicas y religiosas— que atienden a las personas traumatizadas por la violencia. Es una labor inmensa, invisible, cotidiana y, como ha recordado la Hna. Carine, expuesta al peligro. Los señores de la guerra fingen no saber que basta un instante para destruir, pero que a menudo no basta una vida para reconstruir. Disimulan no ver que se necesitan miles de millones de dólares para matar y devastar, y que no se encuentran los recursos necesarios para sanar, educar y levantar. Quienes saquean los recursos de la tierra que les pertenece, suelen invertir gran parte de las ganancias en armas, en un espiral de desestabilización y muerte sin fin. Esto es un mundo al revés, una distorsión de la creación de Dios que toda conciencia recta debe denunciar y repudiar, eligiendo una vuelta en “U” —la conversión— que conduce en la dirección opuesta, por el camino sostenible y rico en fraternidad humana. El mundo está siendo destruido por unos

pocos dominadores y se mantiene en pie gracias a una inmensidad de hermanos y hermanas solidarios. Son la descendencia de Abraham, tan incontable como las estrellas del cielo y los granos de arena en la playa del mar. Mirémonos a los ojos: ¡ya somos este pueblo inmenso! No hay que inventar la paz, hay que acogerla, asumiendo al prójimo como nuestro hermano y como nuestra hermana. Nadie elige a sus hermanos y hermanas: sólo tenemos que aceptarnos unos a otros! Somos una sola familia y habitamos la misma casa, este maravilloso planeta que las culturas antiguas han cuidado durante milenios.

El Papa Francisco escribió en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* algo que vino a mi mente al escuchar las palabras que ustedes decían. El escribió: «La misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo» (n. 273).

Queridos hermanos y hermanas de Bamenda, estos son mis sentimientos mientras estoy hoy entre ustedes. ¡Trabajemos juntos por la paz! «Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar. Allí aparece la enfermera de alma, el docente de alma, el político de alma, esos que han decidido a fondo ser con los demás y para los demás» (*ibíd.*). Así nos exhortó mi querido Predecesor a caminar juntos, cada uno en su propia vocación, ampliando los límites de nuestras comunidades, con la determinación de quien parte de su labor local para llegar al amor al prójimo, sea quien sea y dondequiera que esté. ¡Es la revolución silenciosa de la que ustedes son testigos! Como ha dicho el Imán, demos gracias a Dios porque esta crisis no ha degenerado en una guerra religiosa, y porque seguimos intentando todos amarnos los unos a los otros. ¡Sigamos adelante sin cansarnos, con valentía y, sobre todo, juntos, siempre juntos!

Caminemos juntos, en el amor, buscando siempre la paz.

[Volver al índice](#)

SANTA MISA
HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Aeropuerto Internacional de Bamenda

Jueves, 16 de abril de 2026

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Vengo en medio de ustedes como peregrino de paz y de unidad, y les expreso la alegría que tengo de estar aquí, visitando su región y, sobre todo, compartiendo su camino, sus dificultades y sus esperanzas.

Las manifestaciones festivas que acompañan sus liturgias y el gozo que brota de las oraciones que elevan a Dios son signo de la entrega confiada a Él, de su inquebrantable esperanza, de su aferrarse, con todas las fuerzas, al amor del Padre, que se hace cercano y mira con compasión los sufrimientos de sus hijos. En el salmo que hemos rezado juntos, se canta esta confianza en Él, que hoy estamos invitados a renovar: «El Señor está cerca del que sufre y salva a los que están abatidos» (*Sal 34,19*).

Hermanos y hermanas, muchos son los motivos y las situaciones que rompen el corazón y nos hacen caer en la aflicción. En efecto, las esperanzas en un futuro de paz y reconciliación, en el que cada uno es respetado en su dignidad y a cada uno se le garantizan sus derechos fundamentales, se debilitan continuamente a causa de los numerosos problemas que afligen a esta tierra bellísima; entre ellos, las abundantes formas de pobreza que últimamente también afectan a muchas personas por la crisis alimentaria actual; la corrupción moral, social y política, sobre todo vinculada a la gestión de la riqueza, que impide el desarrollo de las instituciones y las

estructuras; los graves y derivados problemas que aquejan al sistema educativo y al ámbito sanitario; así como la enorme migración al extranjero, en particular la de los jóvenes. Y a la problemática interna, continuamente alimentada por el odio y la violencia, se añade también el mal causado desde afuera por aquellos que, en nombre de la ganancia, siguen entrometiéndose en el continente africano para explotarlo y saquearlo.

Todo esto nos expone a sentirnos impotentes y debilitar nuestra confianza. Sin embargo, este es el momento de cambiar, de transformar la historia del país. Hoy y no mañana, ahora y no en el futuro, ha llegado el momento de reconstruir; de componer nuevamente el mosaico de la unidad ensamblando la variedad y las riquezas del país y del continente; de edificar una sociedad en la que reinen la paz y la reconciliación.

Es verdad, cuando una situación está consolidada desde hace tiempo se corre el riesgo de caer en la resignación y en la impotencia, porque no esperamos ninguna novedad; no obstante, la Palabra de Dios abre espacios nuevos y genera transformación y sanación, porque es capaz de poner el corazón en movimiento, de desestabilizar la marcha normal de las cosas a las que fácilmente nos acostumbramos, de convertirnos en protagonistas activos del cambio. Recordemos esto: Dios es novedad, crea cosas nuevas, nos hace personas valientes que, desafiando al mal, construyen el bien.

Lo encontramos en el testimonio de los Apóstoles, como escuchamos en la primera lectura: mientras las autoridades del sanedrín interrogaban a los Apóstoles, los reprendían y los amenazaban porque habían anunciado públicamente a Cristo, estos respondían: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres ha resucitado a Jesús, al que ustedes hicieron morir suspendiéndolo del patíbulo» (*Hch* 5,29-30).

La valentía de los Apóstoles se convierte en conciencia crítica, en profecía, en denuncia del mal; este es el primer paso para cambiar las cosas. Obedecer a Dios, en efecto, no es un acto de sumisión que nos oprime o anula nuestra libertad; al contrario, la obediencia a

Dios nos hace libres, porque significa confiarle nuestra vida y dejar que sea su Palabra la que inspire nuestra manera de pensar y de actuar. Y de este modo, como escuchamos en el Evangelio, que relata la última parte del diálogo entre Jesús y Nicodemo, «el que viene de lo alto está por encima de todos. El que es de la tierra pertenece a la tierra y habla de la tierra» (*Jn 3,31*). El que obedece a Dios antes que a los hombres y al modo de pensar humano y terrenal, encuentra la propia libertad interior, logra descubrir el valor del bien y a no resignarse al mal, redescubre el camino de la vida y se convierte en constructor de paz y fraternidad.

Hermanos y hermanas, el consuelo para los corazones quebrantados y la esperanza en un cambio de la sociedad son posibles si confiamos en Dios y en su Palabra. Debemos llevar siempre en el corazón y en la mente la apelación del apóstol Pedro: obedecer a Dios, no a los hombres. Obedecerlo a Él, porque sólo Él es Dios. Y ello nos invita a promover la inculturación del Evangelio y vigilar atentamente, también nuestra religiosidad, para no caer en el engaño de seguir aquellas sendas que mezclan la fe católica con otras creencias y tradiciones de tipo esotérico o gnóstico que, en realidad, a menudo tienen fines políticos y económicos. Sólo Dios libera; sólo su Palabra abre caminos de libertad; sólo su Espíritu nos hace personas nuevas con la capacidad de cambiar este país.

Los acompaño con mi oración constante y bendigo, de manera particular, a la Iglesia aquí presente; tantos sacerdotes, misioneros, religiosos y laicos que trabajan para ser fuente de consuelo y esperanza. Los animo a continuar por este camino y los encomiendo a la intercesión de María Santísima, Reina de los Apóstoles y Madre de la Iglesia.

[Volver al índice](#)

SANTA MISA
HOMILÍA DEL SANTO PADRE

“Japoma Stadium” (Douala)

Viernes, 17 de abril de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

El Evangelio que acabamos de escuchar (*Jn 6,1-15*) es palabra de salvación para toda la humanidad. Hoy se proclama en todas partes esta Buena Noticia, que para la Iglesia en Camerún resuena como un anuncio providencial del amor de Dios y de nuestra comunión.

El testimonio del apóstol Juan describe, en efecto, a una gran multitud (cf. vv. 2-5), como somos nosotros ahora, aquí. Para toda esa gente, sin embargo, había muy poca comida: sólo «cinco panes de cebada y dos pescados» (v. 9). Al observar esta desproporción, Jesús nos pregunta hoy, como entonces preguntó a sus discípulos: ¿cómo resuelven ustedes este problema? Vean cuánta gente hambrienta, oprimida por el cansancio: ¿qué hacen?

Esta pregunta se dirige a cada uno de nosotros: se dirige a los padres y a las madres que cuidan a sus familias; se dirige a los pastores de la Iglesia, que velan por la grey del Señor; se dirige a quienes tienen la responsabilidad social y política de atender al pueblo y mirar por su bien. Cristo dirige esta pregunta a los poderosos y a los débiles, a los ricos y a los pobres, a los jóvenes y a los ancianos, porque todos tenemos hambre por igual. Esta indigencia nos recuerda que somos criaturas. Necesitamos comer para vivir. No somos Dios; pero, precisamente, ¿dónde está Dios ante el hambre de la gente?

Mientras espera nuestras respuestas, Jesús da la suya: «Tomó los panes, dio gracias y los distribuyó a los que estaban sentados. Lo

mismo hizo con los pescados, dándoles todo lo que quisieron» (v. 11). Un grave problema se resuelve bendiciendo la poca comida que hay y repartiéndola entre todos los que tienen hambre. La multiplicación de los panes y los peces ocurre en el compartir; ¡he aquí el milagro! Hay pan para todos si se da a todos. Hay pan para todos si se lo toma no con una mano que acapara, sino con una mano que da. Observemos bien el gesto de Jesús: cuando el Hijo de Dios toma el pan y los peces, ante todo da gracias. Agradece al Padre por un bien que se convierte en don y bendición para todo el pueblo.

Al hacerlo así, la comida abunda; no se raciona por emergencia, no se roba por disputa ni se desperdicia por quienes se atiborran ante quienes no tienen nada que comer. Al pasar de las manos de Cristo a las de sus discípulos, la comida aumenta para todos, es más, sobreabunda (cf. vv. 12-13). La gente, admirada por lo que había hecho Jesús, exclamó: «Este es, verdaderamente, el Profeta» (v. 14), es decir, aquel que habla en nombre de Dios, el Verbo del Omnipotente. Y es verdad, pero Jesús no utiliza estas palabras con vistas a un éxito personal; no quiere convertirse en rey (cf. v. 15), porque ha venido a servir con amor, no a dominar.

El milagro que realizó es signo de este amor; no nos hace ver solamente cómo Dios alimenta a la humanidad con el pan de vida, sino también cómo nosotros podemos llevar este alimento a todos los hombres y mujeres que, como nosotros, tienen hambre de paz, de libertad y de justicia. Cada gesto de solidaridad y perdón, cada iniciativa de bien es un bocado de pan para la humanidad necesitada de cuidados. Y, sin embargo, esto no es suficiente. Al alimento que nutre el cuerpo hay que unir, con igual caridad, el alimento del alma, que nutre nuestra conciencia, que nos sostiene en la hora oscura del miedo, en medio de las tinieblas del sufrimiento. Este alimento es Cristo, que siempre nutre en abundancia a su Iglesia y nos fortalece en el camino con su Cuerpo.

Hermanas y hermanos, la Eucaristía que estamos celebrando se convierte, por tanto, en fuente de una fe renovada, porque Jesús está presente entre nosotros. El Sacramento no reaviva un recuerdo

lejano en el tiempo, sino que realiza una “compañía” que nos transforma, porque nos santifica. ¡Felices los invitados a la cena del Señor! En torno a la Eucaristía, esta misma mesa se convierte en anuncio de esperanza en las pruebas de la historia y en las injusticias que vemos a nuestro alrededor. Se convierte en signo de la caridad de Dios, que en Cristo nos invita a compartir lo que tenemos, para que se multiplique en la fraternidad eclesial.

El Señor abraza el cielo y la tierra, conoce nuestro corazón y todas las situaciones, alegres o tristes, que vivimos. Al hacerse hombre para salvarnos, quiso compartir las necesidades de la humanidad, empezando por las más sencillas y cotidianas. El hambre revela entonces no sólo nuestra indigencia, sino sobre todo su amor; recordémoslo cada vez que cruzamos la mirada con el hermano y la hermana a quienes les falta lo necesario. Esos ojos, de hecho, nos repiten la pregunta que Jesús hizo a sus discípulos: ¿qué hacen por toda esta gente? Es cierto que ser testigos de Cristo, imitando sus gestos de amor conlleva, a menudo, dificultades y obstáculos, tanto fuera como dentro de nosotros, donde el orgullo puede corromper el corazón. En esos momentos, sin embargo, repitamos con el salmista: «El Señor es mi luz y mi salvación: ¿a quién temeré?» (*Sal 27,1*). Aunque a veces vacilemos, Dios siempre nos alienta: «Espera en el Señor y sé fuerte; ten valor y espera en el Señor» (v. 14).

Queridos jóvenes, les dirijo esta invitación especialmente a ustedes, porque son los hijos amados de la tierra de África. Como hermanos y hermanas de Jesús, multipliquen sus talentos con la fe, la tenacidad y la amistad que los animan. Vayan entre los primeros a ser rostros y manos que llevan al prójimo el pan de la vida; alimento de sabiduría y de liberación de todo aquello que no nos nutre, sino que confunde nuestros buenos deseos y nos roba la dignidad.

Incluso en su país tan fértil, Camerún, muchos sufren la pobreza, tanto material como espiritual. No cedan a la desconfianza y al desánimo; rechacen toda forma de abuso y violencia, que engañan prometiendo ganancias fáciles, pero endurecen el corazón y lo vuelven insensible. No olviden que su pueblo es aún más rico que

esta tierra, pues su tesoro son sus valores: la fe, la familia, la hospitalidad, el trabajo. Sean, pues, protagonistas del futuro, siguiendo la vocación que Dios da a cada uno, sin dejarse comprar por tentaciones que malgastan las energías y no contribuyen al progreso de la sociedad.

Para hacer de su espíritu valiente una profecía del mundo nuevo, tomen como ejemplo lo que hemos escuchado en los *Hechos de los Apóstoles*. Los primeros cristianos daban un audaz testimonio del Señor Jesús ante las dificultades y las amenazas, y perseveraban incluso en medio de los ultrajes (cf. *Hch* 5,40-41). Estos discípulos «todos los días, tanto en el Templo como en las casas, no cesaban de enseñar y de anunciar la Buena Noticia de Cristo Jesús» (v. 42), es decir, del Mesías, el Liberador del mundo. Sí, el Señor libera del pecado y de la muerte. Anunciar con constancia este Evangelio es la misión de todo cristiano; es la misión que confío especialmente a ustedes, jóvenes, y a toda la Iglesia que vive en Camerún. Conviértanse en buena noticia para su país, como los es, por ejemplo, el beato Floribert Bwana Chui para el pueblo congolés.

Hermanos y hermanas, enseñar significa dejar huella, como hace el labrador con el arado en el campo, para que lo que siembra dé fruto. Así es como el anuncio cristiano cambia nuestra historia, transformando las mentes y los corazones. Anunciar a Jesús Resucitado significa trazar signos de justicia en una tierra que sufre y está oprimida; signos de paz entre rivalidades y corrupciones; signos de fe que nos liberan de la superstición y de la indiferencia. Con este Evangelio en el corazón, dentro de poco compartiremos el Pan eucarístico, que nos sacia para la vida eterna. Con fe gozosa, pidamos al Señor que multiplique entre nosotros su don, por el bien de todos.

[Volver al índice](#)

ENCUENTRO CON EL MUNDO UNIVERSITARIO

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Universidad Católica de África Central (Yaundé)

Viernes, 17 de abril de 2026

Excmo. Gran Canciller,
queridos hermanos en el episcopado,
señor Rector,
ilustres miembros del cuerpo docente,
queridos estudiantes,
distinguidas autoridades,
señoras y señores:

Es para mí una gran alegría dirigirme a ustedes en esta Universidad Católica de África Central, lugar de excelencia para la investigación, la transmisión del conocimiento y la formación de tantos jóvenes. Expreso mi gratitud a las autoridades académicas por su cálida hospitalidad y por su compromiso sostenido al servicio de la educación. Es motivo de esperanza que esta institución, fundada en 1989 por la Asociación de Conferencias Episcopales de África Central, sea un faro al servicio de la Iglesia y de África, en su búsqueda de la verdad, y en la promoción de la justicia y de la solidaridad.

Hoy más que nunca es necesario que las universidades, y con mayor razón las instituciones católicas, se conviertan en auténticas comunidades de vida y de investigación, que introduzcan a estudiantes y profesores a una hermandad en el conocimiento, «para experimentar comunitariamente la alegría de la Verdad y para profundizar su significado y sus implicaciones prácticas. El Evangelio

y la doctrina de la Iglesia están llamados hoy a promover una verdadera cultura del encuentro, en una sinergia generosa y abierta hacia todas las instancias positivas que hacen crecer la conciencia humana universal; es más, una cultura —podríamos afirmar— del encuentro entre todas las culturas auténticas y vitales, gracias al intercambio recíproco de sus propios dones en el espacio de luz que ha sido abierto por el amor de Dios para todas sus criaturas. Como subrayó el Papa Benedicto XVI, “la verdad es ‘lógos’ que crea ‘diálogos’ y, por tanto, comunicación y comunión”» (Francisco, Const. ap. *Veritatis gaudium*, 4b).

De hecho, mientras que muchos en el mundo parecen perder sus puntos de referencia espirituales y éticos, dejándose envolver por el individualismo, las apariencias y la hipocresía, la Universidad es, por excelencia, un lugar de amistad y cooperación, así como de introspección y reflexión. En sus orígenes, en la Edad Media, sus fundadores fijaron la verdad como meta. Aún hoy, profesores y estudiantes están llamados a establecer como objetivo, y al mismo tiempo como estilo de vida, la búsqueda común de la verdad, pues, como escribió san John Henry Newman acerca de Dios, «todos los principios verdaderos rebosan de él, todos los fenómenos convergen en él» (*La idea de Universidad definida e ilustrada*, Madrid 2025, p. 87).

Por otra parte, lo que Newman denominaba “luz amable”, es decir, «la luz de la fe, unida a la verdad del amor, no es ajena al mundo material, porque el amor se vive siempre en cuerpo y alma; la luz de la fe es una luz encarnada, que procede de la vida luminosa de Jesús. Ilumina incluso la materia, confía en su ordenamiento, sabe que en ella se abre un camino de armonía y de comprensión cada vez más amplio. La mirada de la ciencia se beneficia así de la fe: ésta invita al científico a estar abierto a la realidad, en toda su riqueza inagotable. La fe despierta el sentido crítico, en cuanto que no permite que la investigación se conforme con sus fórmulas y la ayuda a darse cuenta de que la naturaleza no se reduce a ellas. Invitando a maravillarse ante el misterio de la creación, la fe ensancha los horizontes de la

razón para iluminar mejor el mundo que se presenta a los estudios de la ciencia» (Francisco, Carta enc. *Lumen fidei*, 34).

Queridos amigos, África puede contribuir de manera fundamental a ampliar los horizontes, tan estrechos, de una humanidad que le cuesta mantener la esperanza. En su maravilloso continente, la investigación enfrenta el desafío particular de abrirse a perspectivas interdisciplinarias, internacionales e interculturales. Hoy en día tenemos una necesidad urgente de considerar la fe en el marco de los escenarios culturales y los retos actuales, para que así resalte su belleza y credibilidad en los diferentes contextos, especialmente en aquellos más marcados por las injusticias, las desigualdades, los conflictos y la degradación material y espiritual.

La grandeza de una nación no puede medirse únicamente por la abundancia de sus recursos naturales, ni tampoco por la riqueza natural de sus instituciones. Ninguna sociedad puede prosperar si no se fundamenta en conciencias rectas, educadas en la verdad. En este sentido, el lema de su Universidad: «Al servicio de la verdad y de la justicia», les recuerda que la conciencia humana, entendida como el santuario interior donde el hombre y la mujer se descubren interpelados por la voz de Dios, es el terreno sobre el cual se asientan los fundamentos justos y estables para toda sociedad. Formar conciencias libres y piadosamente inquietas es una condición indispensable para que la fe cristiana se presente como una propuesta plenamente humana, capaz de transformar la vida de cada persona y de la entera sociedad, de impulsar cambios proféticos ante los dramas y las pobrezas de nuestro tiempo, así como alentar una búsqueda de Dios cada vez más profunda, y que nunca se sacia.

Es precisamente en la conciencia donde se elabora el discernimiento moral, con el cual buscamos libremente lo que es verdadero y honesto. Cuando la conciencia busca ser iluminada y recta, se vuelve fuente de un comportamiento coherente, orientado hacia el bien, la justicia y la paz.

En las sociedades contemporáneas, incluida la de Camerún, se observa una erosión de los referentes morales que antaño guiaban la

vida colectiva. Como resultado, hoy se tiende a aprobar superficialmente prácticas que antes se consideraban inaceptables. Esta dinámica se explica en parte por los cambios sociales, las limitaciones económicas y las dinámicas políticas que influyen en los comportamientos individuales y colectivos. Los cristianos, sobre todo los jóvenes católicos africanos, no deben tener miedo de “las cosas nuevas”. En particular, su Universidad puede formar a pioneros de un nuevo humanismo en el contexto de la revolución digital, sobre la cual el continente africano conoce bien no solo los aspectos encantadores, sino también el lado oscuro de las devastaciones ambientales y sociales provocadas por la frenética búsqueda de materias primas y tierras excepcionales. No pasen por alto esta situación, se trata de un servicio a la verdad y a toda la humanidad. Sin este esfuerzo educativo, el acomodo pasivo a las lógicas dominantes se confundirá con competencia, y la pérdida de libertad con progreso.

Esto es aún más cierto con referencia a la difusión de los sistemas de inteligencia artificial, que organizan de manera cada vez más invasiva nuestros entornos mentales y sociales. Como toda gran transformación histórica, también esta reclama no solo competencias técnicas, sino una formación humanística capaz de revelar las lógicas económicas, los prejuicios incorporados y las formas de poder que moldean la percepción de la realidad. El desafío que plantean estos sistemas es más profundo de lo que parece, no se trata sólo del uso de nuevas tecnologías, sino de la sustitución progresiva de la realidad por la simulación de esta. En los entornos digitales, estructurados para persuadir, la interacción se optimiza al grado de volver superfluo el encuentro real, la alteridad de las personas de carne y hueso se neutraliza y la relación se reduce a una respuesta funcional. Queridos amigos, en cambio, ustedes son personas reales. Del mismo modo, la creación tiene un cuerpo, un aliento, una vida que escuchar y custodiar. “Gime y sufre” (cf. *Rm* 8,22), como cada uno de nosotros.

Cuando la simulación se vuelve norma, la capacidad humana de discernimiento se atrofia y nuestros vínculos sociales se encierran en

circuitos autorreferenciales que nos dejan de mostrar la realidad. De esta manera vivimos como dentro de burbujas impermeables unas con otras, nos sentimos amenazados por cualquiera que sea diferente y nos deshabitamos al encuentro y al diálogo. Así es como se extienden la polarización, los conflictos, los miedos y la violencia. No está en juego un simple riesgo de error, sino una transformación de la relación misma con la verdad.

Es justo en este ámbito donde la Universidad católica tiene el deber de asumir una responsabilidad de primer orden. Efectivamente, no se limita a transmitir conocimientos especializados, sino que forma mentes capaces de discernir y corazones dispuestos al amor y al servicio. Prepara sobre todo a los futuros líderes, a los funcionarios públicos, a los profesionistas y a los otros futuros actores sociales para desempeñar con rectitud las tareas que se les confiarán, para ejercer sus responsabilidades con integridad y para inscribir su acción en una ética al servicio del bien común.

Queridos hijos e hijas de Camerún, queridos estudiantes: ante la comprensible tendencia migratoria, que puede llevar a creer que en otros lugares se puede encontrar fácilmente un futuro mejor, los invito ante todo a responder con un ardiente deseo de servir a su país y de poner los conocimientos que están adquiriendo aquí al servicio de sus conciudadanos. He aquí la razón de ser de su Universidad, fundada hace treinta y cinco años para formar pastores de almas y laicos comprometidos con la sociedad: estos son los testigos de sabiduría y equidad que el continente africano necesita.

Por cierto, me gustaría recordar una frase de san Juan Pablo II: “la Universidad católica ha nacido del corazón de la Iglesia” (cf. Const. ap. *Ex corde Ecclesiae*, 15 agosto 1990, 1), y participa en su misión de anunciar la verdad que libera. Esta afirmación remite, ante todo, a una exigencia intelectual y espiritual: buscar la verdad en todas sus dimensiones, con la convicción de que la fe y la razón no se oponen, sino que se sostienen mutuamente. Además, recuerda que los profesores y los estudiantes de la Universidad están involucrados en la tarea de la Iglesia de «anunciar la Buena Nueva de Cristo a todos,

dialogando con las diferentes ciencias al servicio de una cada vez más profunda penetración y aplicación de la verdad en la vida personal y social» (Francisco, Const. ap. *Veritatis gaudium*, 8 diciembre 2017, 5).

Ante los desafíos de nuestro tiempo, la Universidad católica ocupa un lugar único e insustituible. En este sentido, recordemos a los pioneros de esta institución, quienes colocaron los cimientos sobre los que ustedes construyen hoy; de entre ellos, recuerdo al Rvdo. Barthélemy Nyom, rector durante casi toda la década de los noventa. Siguiendo su ejemplo, sean siempre conscientes de que, junto con la transmisión del saber y la capacitación profesional, esta Universidad tiene como objetivo contribuir a la formación integral de la persona humana. El acompañamiento espiritual y humano constituye una dimensión esencial de la identidad de la Universidad católica. A través de la formación espiritual, de las iniciativas de la pastoral universitaria y de los momentos de reflexión, los estudiantes están llamados a profundizar en su vida interior y a orientar su compromiso en la sociedad, a la luz de valores auténticos y sólidos. De este modo, queridos estudiantes, aprendan a convertirse en constructores del futuro de sus respectivos países y de un mundo más justo y más humano.

Estimados profesores, su papel es fundamental. Por eso los animo a encarnar los valores que desean transmitir, ante todo la justicia y la equidad, la integridad, la sensibilidad del servicio y de la responsabilidad. África y el mundo necesitan personas que se comprometan a vivir según el Evangelio y a poner sus competencias al servicio del bien común. ¡No traicionen este noble ideal! Además de ser guías intelectuales, sean modelos cuya rigurosidad científica y honestidad personal eduquen la conciencia de sus estudiantes. África necesita liberarse de la plaga de la corrupción. Y para un joven, esa conciencia debe consolidarse desde los años de formación, gracias a la firmeza moral, al desinterés y a la coherencia de vida de sus educadores y maestros. Día tras día, coloquen los cimientos imprescindibles para la construcción de una coherente identidad moral e intelectual. Dando testimonio de la verdad, particularmente

frente a las ilusiones de la ideología y las modas, creen un ambiente en el que la excelencia académica se una naturalmente a la rectitud humana.

Señoras y señores, la virtud principal que debe animar a la comunidad universitaria es la humildad. Sea cual sea nuestro papel y nuestra edad, debemos tener siempre en cuenta que todos somos discípulos, es decir, compañeros de estudio de un único Maestro, que ha amado tanto el mundo al punto de dar su vida. Les doy las gracias y los bendigo de todo corazón.

[Volver al índice](#)

SANTA MISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Aeropuerto de Yaundé-Ville

Sábado, 18 de abril de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

¡La paz esté con ustedes! La paz de Cristo, cuya presencia ilumina nuestro camino y calma las tormentas de la vida.

Celebramos esta Santa Misa al finalizar mi visita a Camerún, y les estoy muy agradecido por la bienvenida que me han brindado, por los momentos de alegría y fe que hemos vivido juntos.

Como hemos escuchado en el Evangelio, la fe no nos libra del desasosiego y las tribulaciones, y en algunos momentos puede parecer que el miedo nos venza. Sin embargo, nosotros sabemos que incluso en esos momentos, tal como les sucedió a los discípulos en el mar de Galilea, Jesús no nos abandona.

Tres evangelistas relatan, cada uno a su manera, el episodio que hemos escuchado, con un mensaje diferente según los lectores a los que se dirigen. San Marcos (cf. 6,45-52) presenta al Señor que alcanza a los discípulos mientras estos reman con dificultad debido al viento en contra, el cual, sin embargo, se calma tan pronto como Él sube con ellos a la barca. San Mateo (cf. 14,22-33) añade un detalle: Pedro quiere ir hacia el Maestro caminando sobre las olas. Sin embargo, una vez que baja de la barca, se deja vencer por el miedo y comienza a hundirse. Cristo lo toma de la mano, lo salva y lo reprende por su incredulidad.

En la versión de san Juan que se ha proclamado hoy (cf. *Jn* 6,16-21), el Salvador, caminando sobre las aguas, se acerca a los discípulos y les dice: «Soy yo, no teman» (v. 20), y el evangelista subraya que «ya era de noche» (v. 17). Para la tradición judía, las “aguas”, a causa de su profundidad y su misterio, aluden a menudo al mundo de los infiernos, al caos, al peligro, a la muerte. Evocan, junto con las tinieblas, las fuerzas del mal, que el hombre por sí solo no puede dominar. Al mismo tiempo, sin embargo, en el recuerdo de los prodigios del Éxodo, también se perciben como un lugar de paso, un cruce a través del cual Dios, con poder, libera a su pueblo de la esclavitud.

La Iglesia ha experimentado tantas veces, en su travesía a lo largo de los siglos, tormentas y “vientos contrarios”, y también nosotros podemos identificarnos con los sentimientos de miedo y duda que tuvieron los discípulos durante el viaje en el lago de Tiberíades. Es lo que advertimos en los momentos en que parece que nos hundimos, abrumados por fuerzas adversas, cuando todo se ve oscuro y nos sentimos solos y frágiles. Pero no es así. Jesús está con nosotros, siempre, y más fuerte que cualquier poder del mal; en cada tormenta nos alcanza y nos repite: “Yo estoy aquí contigo, no tengas miedo”. Por eso nos levantamos de cada caída y no dejamos que ninguna tormenta nos detenga, sino que proseguimos, siempre con valentía y confianza. Y es gracias a Él que, como decía el Papa Francisco, tantos «hombres y mujeres [...] que honran a nuestro pueblo, honran a nuestra Iglesia, porque son fuertes: fuertes al llevar adelante su vida, su familia, su trabajo, su fe» (*Catequesis, 14 mayo 2014*).

Jesús se acerca a nosotros: no calma inmediatamente las tormentas, pero viene a nuestro encuentro en medio de los peligros y nos invita también a permanecer juntos y solidarios en la misma barca, como los discípulos, en las alegrías y en los dolores; a no mirar desde lejos a quienes sufren, sino a acercarnos a ellos, a unirnos unos a otros. Nunca hay que dejar a nadie solo frente a las adversidades de la vida; para ello cada comunidad tiene el deber de crear y sostener estructuras de solidaridad y ayuda mutua en las que, ante las crisis —sean sociales, políticas, sanitarias o económicas—, todos puedan

dar y recibir ayuda, según sus capacidades y necesidades. Las palabras de Jesús, “soy yo”, nos recuerdan que, en una sociedad basada en el respeto a la dignidad de la persona, la aportación de todos es importante y tiene un valor único, independientemente del estatus o la posición de cada uno a los ojos del mundo.

La exhortación «no teman» adquiere, entonces, una dimensión amplia, incluso a nivel social y político, como estímulo para afrontar juntos los problemas y los desafíos —especialmente los relacionados con la pobreza y la justicia—, con sentido cívico y responsabilidad civil. La fe no separa la vida espiritual de la social; al contrario, da al cristiano la fuerza para interactuar con el mundo, a fin de responder a las necesidades de los demás, especialmente de los más débiles. Los esfuerzos individuales y aislados de cada persona no son suficientes para salvar a una comunidad; se necesita una decisión común, que integre la dimensión espiritual y ética del Evangelio en el corazón de las instituciones y las estructuras, convirtiéndolas en instrumentos para el bien común, y no en lugares de conflicto, de interés o en escenario de luchas estériles.

Nos lo cuenta la primera lectura (cf. *Hch* 6,1-7), donde vemos cómo la Iglesia afronta su primera crisis de crecimiento. El rápido aumento del número de discípulos (v. 1) plantea nuevos retos para la comunidad en el ejercicio de la caridad, de los cuales los apóstoles ya no pueden ocuparse por sí solos. Hay personas que quedan desatendidas en la distribución de los alimentos, por lo que crecen las quejas y una sensación de injusticia amenaza la unidad. El servicio diario a los pobres era una práctica esencial en la Iglesia primitiva, y tenía como objetivo socorrer a los más vulnerables, en particular a los huérfanos y las viudas. Sin embargo, había que conciliarlo con las necesidades del anuncio y la enseñanza, que también eran apremiantes, y la solución no era sencilla. Es entonces que los apóstoles se reunieron, compartieron sus preocupaciones, reflexionaron a la luz de las enseñanzas de Jesús y oraron juntos, logrando salvar obstáculos e incomprensiones que a primera vista parecían insuperables. Así dieron origen a algo nuevo, eligiendo hombres «de buena fama, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría»

(v. 3), y asignándoles, mediante la imposición de manos, un servicio práctico que era también una misión espiritual. Al escuchar la voz del Espíritu Santo y estar atentos a los clamores de los que sufren, no sólo evitaron divisiones internas en la comunidad, sino que, por inspiración divina, la dotaron de herramientas nuevas y adecuadas para su crecimiento, transformando un momento de crisis en una oportunidad de enriquecimiento y desarrollo para todos.

A veces, la vida de una familia y de una sociedad también exige esto: el valor de cambiar hábitos y estructuras, de modo que la dignidad de la persona siga siendo fundamental y se superen las desigualdades y la marginación. Además, al hacerse hombre, Dios se identificó con los más desfavorecidos, y esto hace que la atención preferencial por los pobres sea una opción fundamental para nuestra identidad cristiana (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 198; Exhort. ap. *Dilexite*, 16-17).

Hermanos y hermanas, hoy nos despedimos. Cada uno regresa a sus ocupaciones habituales y la barca de la Iglesia continúa su ruta hacia la meta, por gracia de Dios y con el compromiso de cada uno. Mantengamos vivo en nuestros corazones el recuerdo de los hermosos momentos que hemos compartido; incluso en medio de las dificultades, sigamos abriéndole espacio a Jesús, dejándonos iluminar y renovar cada día por su presencia. La Iglesia en Camerún está viva, es joven, rica en dones y entusiasmo, vibrante en su diversidad y maravillosa en su armonía. Que, con la ayuda de la Virgen María, nuestra Madre, puedan hacer florecer cada vez más la presencia alegre que ustedes poseen, y que también los vientos contrarios, que nunca faltan en la vida, sean ocasión de crecimiento en el servicio gozoso a Dios y a los hermanos, en el compartir, en la escucha, en la oración y en el deseo de crecer juntos.

[Volver al índice](#)

Angola



***PALABRAS DEL SANTO PADRE
A LOS PERIODISTAS DURANTE EL VUELO CON DESTINO
A LUANDA***

Vuelo papal

Sábado, 18 de abril de 2026

León XIV:

Buenos días a todos, buenas tardes ya. Espero que hayan tenido una buena estancia en Camerún. Y, como saben, ahora estamos de camino hacia Angola.

Por un lado, la visita en Camerún fue muy significativa porque, en muchos aspectos, representa el corazón de África, de muchas maneras distintas: tanto el anglófono como el francófono, con alrededor de 250 lenguas locales y diversas etnias.

Al mismo tiempo, posee una gran riqueza, grandes oportunidades, pero también las dificultades que encontramos tantas veces en toda África: una distribución desigual de la riqueza. Personalmente quedé muy satisfecho. Como saben, comenzamos el viaje en Argelia con el tema de san Agustín, y ayer, en la Universidad Católica, se bendijo el hermoso monumento que habían preparado con el mapa de África y san Agustín en el centro. Y así, en cierto sentido, se expresa parte de lo que trata este viaje.

Vengo principalmente a África como pastor, como cabeza de la Iglesia Católica, para estar, celebrar, animar y acompañar a todos los católicos de África. Sin embargo, existen también otras dimensiones de la visita. Tuve un encuentro muy positivo con un grupo de imanes en Camerún para promover —seguir promoviendo, como ya lo hemos hecho en otros lugares y como lo ha hecho el Papa Francisco

durante su pontificado— el diálogo, la fraternidad, a través de la comprensión, la aceptación y la construcción de la paz entre personas de todas las religiones.

Al mismo tiempo, ha habido cierta narrativa que no ha sido del todo exacta en todos sus aspectos, debido a la situación política creada cuando, el primer día del viaje, el Presidente de los Estados Unidos hizo algunos comentarios sobre mí. Mucho de lo que se ha escrito desde entonces ha sido más bien comentarios sobre comentarios, tratando de interpretar lo que se ha dicho.

Sólo un pequeño ejemplo: la intervención que di en el encuentro de oración por la paz hace unos días fue preparada dos semanas antes, mucho antes de que el Presidente hiciera comentarios sobre mí y sobre el mensaje de paz que estoy promoviendo. No obstante, se interpretó como si estuviera intentando debatir nuevamente con el Presidente, lo cual no es en absoluto mi intención. Así que seguimos el viaje, continuamos proclamando el mensaje del Evangelio, y los textos evangélicos que hemos utilizado en las liturgias ofrecen diversos aspectos, fantásticos y hermosos, de lo que significa ser cristiano, de lo que significa seguir a Cristo, de lo que significa promover la fraternidad, la hermandad, confiar en el Señor, pero también buscar maneras de promover la justicia en nuestro mundo y la paz en nuestro mundo.

Dicho esto, estoy muy feliz de saludarlos a todos ustedes, y les agradezco el trabajo que están realizando. Y espero que el Señor continúe bendiciéndonos a todos en este viaje. Muchas gracias.

Periodista de Camerún [en francés]:

¿Unas palabras en francés? Sí, gracias, muchas gracias, Su Santidad. Sólo queríamos escuchar unas palabras tuyas en francés, ya que Camerún es bilingüe. Trabajo para la televisión nacional de Camerún.

León XIV:

Me gustaría simplemente agradecer a todos en Camerún por la maravillosa acogida, el gran entusiasmo y la alegría de la gente. Fue

absolutamente fantástico. La experiencia de una comunidad de fe, de personas que realmente descubrieron en el entusiasmo compartido, por así decirlo, lo maravilloso que es vivir lo que significa ser seguidores de Jesucristo y celebrar juntos nuestra fe. Y ese entusiasmo estuvo muy presente en Camerún. Estoy muy contento de haber vivido esta experiencia y de haber acompañado a todo su pueblo durante estos días.

[Volver al índice](#)

***ENCUENTRO CON LAS AUTORIDADES, CON LA
SOCIEDAD CIVIL
Y CON EL CUERPO DIPLOMÁTICO***

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Luanda

Sábado, 18 de abril de 2026

Señor Presidente,
distinguidas Autoridades y miembros del Cuerpo diplomático,
señoras y señores:

Es una gran alegría para mí estar entre ustedes. Gracias, señor Presidente, por la invitación a visitar Angola y por sus palabras de bienvenida. Vengo a conocer a su pueblo, como un peregrino que busca señales de la presencia de Dios en esta tierra tan amada por Él.

Antes de proseguir, quisiera asegurar mi oración por las víctimas de las fuertes lluvias e inundaciones que han afectado a la provincia de Benguela, así como expresar mi cercanía a las familias que han perdido sus hogares. Sé también que ustedes, angoleños, están unidos en una gran cadena de solidaridad en favor de los afectados.

Deseo encontrarme con ustedes en la gratuidad de la paz y reconocer que su pueblo posee tesoros que no pueden venderse ni robarse. En particular, poseen una alegría que ni siquiera las circunstancias más adversas han podido extinguir. Esta alegría, que conoce también el dolor, la indignación, la decepción y la derrota, perdura y renace entre quienes han mantenido sus corazones y mentes libres del engaño de la riqueza. Ustedes saben muy bien que, en numerosas ocasiones, sus regiones se han percibido, y aún se sigue haciendo, como un lugar en donde dar o, más a menudo, de donde tomar algo.

Debemos romper esta cadena de intereses que reduce la realidad y la vida misma a una mercancía.

África es para el mundo entero una reserva de gozo y de esperanza que no dudaría en calificar de virtudes “políticas”, porque sus jóvenes y sus pobres aún sueñan, aún esperan, no se conforman con lo que ya existe, desean levantarse, prepararse para grandes responsabilidades, jugarse en primera persona. La sabiduría de un pueblo, en efecto, no puede ser extinguida por ninguna ideología y, a decir verdad, el deseo de infinito que habita en el corazón humano es un principio de transformación social más profundo que cualquier programa político o cultural. Estoy aquí, entre ustedes, al servicio de las mejores fuerzas que animan a las personas y a las comunidades que hacen de Angola un mosaico muy colorido. Deseo escuchar y alentar a quien ya ha elegido el bien, la justicia, la paz, la tolerancia y la reconciliación. Al mismo tiempo, junto a millones de hombres y mujeres de buena voluntad que son la primera riqueza del país, quisiera hacer un llamamiento a la conversión de quien elige caminos opuestos e impide el desarrollo armonioso y fraterno.

Queridos hermanos, les mencioné las riquezas materiales que intereses prepotentes acaparan, incluso aquí en su país. ¡Cuánto sufrimiento, cuántas muertes, cuántas catástrofes sociales y ambientales trae consigo esta lógica extractiva! Ya vemos en todas las latitudes cómo ella alimenta un modelo de desarrollo que discrimina y excluye, pero que aun así pretende imponerse como el único posible. El Papa san Pablo VI, interpretando con agudeza las preocupaciones del mundo juvenil, ya denunciaba hace sesenta años: «un aspecto senil, definitivamente anacrónico, de una civilización mercantil, hedonista, materialista, que intenta aún ofrecerse como portadora del futuro». Y advertía: «Contra esa ilusión, la reacción instintiva de numerosos jóvenes, reviste, dentro de sus mismos excesos, una cierta significación. Esta generación está esperando otra cosa» (Exhort. ap. *Gaudete in Domino*, VI, 59). Ustedes son testigos, gracias a la sabiduría ancestral que nutre sus pensamientos y sentimientos, de que la creación es armonía en la riqueza de la diversidad. Su pueblo ha sufrido cada vez que esta armonía se ha

visto quebrantada por la arrogancia de unos pocos. Llevan las cicatrices tanto de la explotación material como del intento de imponer una idea sobre las ideas de otros. África necesita urgentemente superar las situaciones y los fenómenos de conflicto y enemistad que desgarran el tejido social y político de muchos países, alimentando la pobreza y la exclusión. Sólo a través del encuentro florece la vida. Primero está el diálogo. Aunque esto no excluya el desacuerdo, que puede convertirse en conflicto.

Mi venerado predecesor, el Papa Francisco, nos ofreció una lectura inolvidable: «Ante el conflicto, algunos simplemente lo miran y siguen adelante como si nada pasara, se lavan las manos para poder continuar con su vida. Otros entran de tal manera en el conflicto que quedan prisioneros, pierden horizontes, proyectan en las instituciones las propias confusiones e insatisfacciones y así la unidad se vuelve imposible. Pero hay una tercera manera, la más adecuada, de situarse ante el conflicto. Es aceptar sufrir el conflicto, resolverlo y transformarlo en el eslabón de un nuevo proceso. “¡Felices los que trabajan por la paz!” (Mt 5,9)» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 227). Angola puede crecer significativamente si, ante todo, ustedes, quienes ostentan el poder en el país, creen en su riqueza multifacética. No teman el desacuerdo, no apaguen las aspiraciones de los jóvenes ni los sueños de los ancianos, y sepan gestionar los conflictos, transformándolos en oportunidades de renovación. Antepongan el bien común al interés particular, sin confundir jamás la parte de ustedes con el todo. La historia les dará la razón, incluso si algunos les son hostiles en el futuro inmediato.

He hablado del gozo y de la esperanza que caracterizan su joven sociedad. Estos sentimientos suelen considerarse personales e íntimos. Sin embargo, constituyen una fuerza intensa y expansiva que contrarresta cualquier resignación o tentación de replegarse. Los déspotas y tiranos, tanto de cuerpo como de espíritu, buscan volver las almas pasivas y las pasiones tristes, propensas a la inercia, dóciles y sumisas al poder. En la tristeza, estamos a merced de nuestros miedos y fantasías; nos refugiamos en el fanatismo, la sumisión, la manipulación mediática, el espejismo del oro y el mito de la

identidad. El descontento, la sensación de impotencia y el desarraigo nos separan, en lugar de unirnos, propagando un clima de alienación de los asuntos públicos, desprecio por la desgracia ajena y negación de toda fraternidad. Esta discordancia desintegra las relaciones fundamentales que cada uno de nosotros mantiene consigo mismo, con los demás y con la realidad. Como observó el Papa Francisco: «La mejor manera de dominar y de avanzar sin límites es sembrar la desesperanza y suscitar la desconfianza constante, aun disfrazada detrás de la defensa de algunos valores. Hoy en muchos países se utiliza el mecanismo político de exasperar, exacerbar y polarizar» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 15).

La verdadera alegría, que la fe reconoce como un don del Espíritu Santo, nos libera de esta alienación. Y, como escribió san Pablo, «el fruto del Espíritu es: amor, alegría y paz» (*Ga 5,22*). La alegría es, en efecto, lo que intensifica la vida y nos impulsa hacia el ámbito abierto de la sociabilidad: cada persona se regocija al potenciar sus habilidades relacionales, al darse cuenta de que contribuye al bien común y al ser reconocida como única y valiosa, en una comunidad de encuentros que multiplican y expanden el espíritu. El gozo puede abrir caminos incluso en los rincones más oscuros del estancamiento y la angustia. Examinemos, pues, nuestros corazones, queridos hermanos y hermanas, porque sin alegría no hay renovación; sin interioridad no hay liberación; sin encuentro no hay política; sin el otro no hay justicia.

Juntos, pueden hacer de Angola un proyecto de esperanza. La Iglesia católica, cuyo servicio al país ustedes aprecian, desea ser la levadura en la masa y fomentar el crecimiento de un modelo justo de convivencia, libre de la esclavitud impuesta por élites con riquezas desmedidas y falsas alegrías. Sólo juntos podremos multiplicar los talentos de este maravilloso pueblo, incluso en las periferias urbanas y las regiones rurales más remotas, donde palpita su vida y se forja su futuro. Eliminemos los obstáculos al desarrollo humano integral, luchando y esperando junto a aquellos a quienes el mundo ha descartado, pero que Dios ha elegido. Así, en efecto, nació nuestra esperanza: «La piedra que desecharon los constructores es ahora la

pedra angular» (*Sal* 118,22), Jesucristo, la plenitud del hombre y de la historia.

¡Qué Dios bendiga Angola!

Gracias.

[Volver al índice](#)

SANTA MISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Kilamba (Angola)

Domenica, 19 aprile 2026

Queridos hermanos y hermanas:

Con el corazón lleno de gratitud celebro la Eucaristía entre ustedes. Gracias a Dios por este don y gracias a ustedes por la cálida bienvenida que me han brindado.

En este tercer domingo de pascua el Señor nos ha hablado con el Evangelio de los discípulos de Emaús (cf. *Lc 24,13-35*). Dejémonos iluminar por esta Palabra de vida.

Dos discípulos del Señor, con el corazón lastimado y triste, salen de Jerusalén para regresar a Emaús, su aldea. Vieron morir a aquel Jesús en el que habían confiado y al que habían seguido y, ahora, decepcionados y derrotados, regresan a sus casas. «En el camino hablaban sobre lo que había ocurrido» (v. 14); Necesitan hablar de ello, volver a contarse lo que han visto, compartir lo que han vivido, aunque corran el riesgo de quedarse atrapados en el dolor, cerrados a la esperanza.

Hermanos y hermanas, en esta escena inicial del Evangelio veo reflejada la historia de Angola, de este país bellísimo pero lastimado, que tiene hambre y sed de esperanza, de paz y de fraternidad. En efecto, la conversación de los dos discípulos mientras caminan, recordando con tristeza lo que le ha sucedido a su Maestro, nos trae a la memoria el dolor que ha marcado a este país: una larga guerra

civil con su secuela de enemistades y divisiones, de recursos malgastados y de pobreza.

Cuando se lleva mucho tiempo sumergido en una historia tan marcada por el dolor, se corre el riesgo de sufrir la misma suerte que los dos discípulos de Emaús: perder la esperanza y quedarse paralizado por el desánimo. Ellos caminan, sin embargo, siguen detenidos en los hechos ocurridos tres días antes, cuando vieron morir a Jesús; conversan entre ellos, pero sin esperanza de encontrar una salida; continúan hablando de lo que ha sucedido, con la angustia de quienes no saben cómo volver a empezar, ni si es posible hacerlo.

Queridos hermanos, la Buena Nueva del Señor, también hoy para nosotros, es precisamente esta: Él está vivo, ha resucitado y va a nuestro lado mientras recorremos el camino del sufrimiento y la amargura, abriéndonos los ojos para que podamos reconocer su obra y concediéndonos la gracia de empezar de nuevo y reconstruir el futuro.

El Señor se acerca a los dos discípulos desanimados y sin esperanza y, al hacerse su compañero de camino, los ayuda a recomponer los fragmentos de aquella historia, a mirar más allá del dolor, a descubrirles que no están solos en el camino y que les espera un futuro en el que sigue habitando el Dios del amor. Y cuando Él se detiene a cenar con ellos, se sienta a la mesa y parte el pan, entonces «los ojos de los discípulos se abrieron y lo reconocieron» (v. 31).

Para nosotros, y también para ustedes, queridos hermanos y hermanas angoleños, queda así trazado el camino para volver a empezar: por un lado, la certeza de que el Señor nos acompaña y tiene compasión de nosotros; por otro, el compromiso que Él nos pide.

Experimentamos la compañía del Señor sobre todo en la relación con Él, en la oración, en la escucha de su Palabra, que hace arder nuestro corazón como el de los dos discípulos, y sobre todo en la celebración de la Eucaristía. Es aquí donde nos encontramos con Dios. Por eso,

hay que estar siempre atentos a aquellas formas de religiosidad tradicional que, sin duda, pertenecen a las raíces de la cultura de ustedes, pero que, al mismo tiempo, suponen el riesgo de confundir y mezclar elementos mágicos y supersticiosos que no ayudan en el camino espiritual. Permanezcan fieles a lo que enseña la Iglesia, confíen en sus Pastores y mantengan la mirada fija en Jesús, que se revela especialmente en la Palabra y en la Eucaristía. En ambas percibimos que el Señor Resucitado camina a nuestro lado y, unidos a Él, también nosotros vencemos la muerte que nos asedia y vivimos como resucitados.

A esta certeza de no estar solos en el camino se añade también un compromiso generoso capaz de aliviar las heridas y reavivar la esperanza. En efecto, si los dos discípulos de Emaús reconocen a Jesús cuando parte el pan para ellos, eso significa que también nosotros debemos reconocerlo así: no sólo en la Eucaristía, sino en cualquier lugar donde haya una vida que se convierta en pan partido, en cualquier lugar donde alguien se haga don de compasión como Él.

La historia de su país, las consecuencias aún difíciles que deben soportar, los problemas sociales y económicos y las diferentes formas de pobreza reclaman la presencia de una Iglesia que sepa acompañarlos en el camino y escuchar el lamento de sus hijos. Una Iglesia que, con la luz de la Palabra y el alimento de la Eucaristía, sepa reavivar la esperanza perdida. Una Iglesia formada por personas como ustedes, que se entregan tal y como Jesús partió el pan para los dos discípulos de Emaús. Angola necesita obispos, sacerdotes, misioneros, religiosas y religiosos, laicos y laicas que tengan en el corazón el deseo de entregar su propia vida y ofrecérsela unos a otros, de comprometerse en el amor y el perdón mutuos, de construir espacios de fraternidad y de paz, de realizar gestos de compasión y solidaridad hacia quienes más lo necesitan.

Con la gracia de Cristo Resucitado podemos convertirnos en ese pan partido que transforma la realidad. Y así como la Eucaristía nos recuerda que somos un sólo cuerpo y un sólo espíritu, unidos al único Señor, también nosotros podemos y queremos construir un

país en el que se superen para siempre las viejas divisiones, en el que desaparezcan el odio y la violencia, en el que la lacra de la corrupción sea sanada por una nueva cultura de la justicia y el compartir. Sólo así será posible un futuro de esperanza, sobre todo para los numerosos jóvenes que la han perdido.

Hermanos y hermanas, hoy es necesario mirar hacia el futuro con esperanza y construir la esperanza del futuro. No tengan miedo de hacerlo. Jesús Resucitado, que recorre el camino con ustedes y se entrega como pan partido, los anima a ser testigos de su resurrección y protagonistas de una nueva humanidad y de una nueva sociedad.

Queridos hermanos, en este camino pueden contar con la cercanía y la oración del Papa. Pero también yo sé que puedo contar con ustedes, y se lo agradezco. Los encomiendo a la protección y a la intercesión de la Virgen María, Nuestra Señora de Muxima, para que siempre los sostenga en la fe, la esperanza y la caridad.

[Volver al indice](#)

REGINA CAELI

Kilamba (Angola)

*Tercer Domingo de Pascua,
19 de abril de 2026*

Queridos hermanos y hermanas:

Unámonos ahora en oración a María *Regina Coeli*, Reina del Cielo, para compartir con ella, nuestra Madre y compañera de camino, la alegría de la Resurrección.

Con este canto gozoso no queremos borrar ni sofocar el grito de los que sufren, sino más bien abrazarlo y unirlo a nuestra voz, en una nueva armonía, para que incluso en el dolor permanezca viva la luz de la fe, y con ella la esperanza en un mundo mejor.

Lamento profundamente el reciente intensificarse de los ataques contra Ucrania, que siguen afectando también a los civiles. Expreso mi cercanía a quienes sufren y aseguro mi oración por todo el pueblo ucraniano. Renuevo el llamamiento para que callen las armas y se siga el camino del diálogo.

En cambio, es motivo de esperanza la tregua anunciada en Líbano, que representa un brote de alivio para el pueblo libanés y para el Levante. Aliento a quienes están trabajando por una solución diplomática a continuar los diálogos de paz, para hacer permanente el cese de las hostilidades en todo el Medio Oriente.

Cristo ha vencido a la muerte, y es con esta certeza que todos nosotros, unidos a Él y en Él como un solo cuerpo, hoy y cada día nos comprometemos a hacer crecer a nuestro alrededor los frutos de la

Pascua, que son el amor, la verdadera justicia y la paz, más allá de todo obstáculo y dificultad.

Que la Madre de Jesús, Madre del Corazón, nos ayude a sentir siempre cercana, viva y fuerte la presencia de su Hijo resucitado.

[Volver al índice](#)

DISCURSO DEL SANTO PADRE AL FINALIZAR LA ORACIÓN DEL SANTO ROSARIO

Explanada frente al Santuario de “Mama Muxima” (Muxima)

Domingo, 19 de abril de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

Queridos jóvenes, miembros de la Legión de María y devotos de *Mama Muxima*, la Madre del corazón, con alegría comparto con ustedes este momento de oración mariana.

Hemos rezado juntos el Santo Rosario, una devoción antigua y sencilla, nacida en la Iglesia como oración para todos. San Juan Pablo II la definió como la oración de un cristianismo que ha conservado «la novedad de los orígenes, y se siente empujado por el Espíritu de Dios a “remar mar adentro” [...], para anunciar, más aún, “proclamar” a Cristo al mundo como Señor y Salvador» (Carta ap. *Rosarium Virginis Mariae*, 1).

Al mirarlos a todos ustedes, Iglesia viva y joven de Angola, y al compartir este momento intenso y lleno de fervor, me parece que las palabras de mi santo predecesor se adaptan de manera muy especial a esta gran comunidad, en la que sin duda se siente la frescura de la fe y la fuerza del Espíritu.

Nos encontramos en un santuario donde, durante siglos, muchos hombres y mujeres han rezado, en momentos de alegría y también en circunstancias tristes y muy dolorosas de la historia de este país. Aquí, desde hace mucho tiempo, *Mama Muxima* interviene silenciosamente para mantener vivo y palpitante el corazón de la Iglesia, un corazón hecho de muchos corazones: los de ustedes y los de tantas personas que aman, rezan, celebran, lloran y, a veces,

incluso ante la imposibilidad de acudir físicamente, confían en cartas y mensajes postales sus peticiones y sus promesas, como ha recordado Su Excelencia. *Mama Muxima* acoge a todos, escucha a todos y reza por todos.

Hemos meditado los Misterios gloriosos de la vida de Jesús, contemplando en su glorificación nuestro destino y en su amor nuestra misión. Cristo, en la Pascua, venció a la muerte, mostrándonos el camino para volver al Padre. Y para que también nosotros podamos recorrer esta senda luminosa y exigente, haciendo partícipe al mundo entero de su belleza, nos ha dado su Espíritu, que nos anima y nos sostiene en el camino y en la misión. Al igual que María, también nosotros estamos hechos para el cielo, y hacia el cielo caminamos con alegría, mirándola a Ella, Madre bondadosa y modelo de santidad, para llevar la luz del Resucitado a los hermanos y hermanas que encontramos, como lo hemos hecho simbólicamente al comienzo de cada “decena”, a través de representantes de cada vocación y edad.

Como recordó Mons. Sumbelelo, este santuario, dedicado a la Inmaculada Concepción, ha sido espontáneamente “rebautizado” por los fieles como *Santuario de la “Madre del corazón”*. Es un título precioso, que nos hace pensar en el Corazón de María: un corazón limpio y sabio, capaz de conservar y meditar los acontecimientos extraordinarios de la vida del Hijo de Dios (cf. *Lc 2,19.51*). Al rezar juntos, también nosotros hemos hecho lo mismo, dejándonos acompañar por María en el recuerdo de Jesús. Hemos recorrido con Ella varios momentos de la vida de su Hijo, para alimentar en nosotros un amor universal como el suyo (cf. Carta ap. *Rosarium Virginis Mariae*, 11).

Entonces, rezar el Rosario nos compromete a amar a cada persona con corazón maternal, de manera concreta y generosa, y a dedicarnos al bien de los demás, especialmente de los más pobres. Una madre ama a sus hijos, aunque sean diferentes entre sí, a todos del mismo modo y con todo el corazón. También nosotros, ante la Madre del corazón, queremos prometer hacer lo mismo, esforzándonos sin

medida para que a nadie le falte el amor y, con él, lo necesario para vivir dignamente y ser felices: para que quien pasa hambre tenga qué comer, para que todos los enfermos reciban los cuidados necesarios, para que a los niños se les garantice una educación adecuada, para que los ancianos vivan serenamente los años de su madurez. Una madre piensa en todas estas cosas; María piensa en todas estas cosas y nos invita también a nosotros a compartir su solicitud.

Queridos jóvenes, queridos miembros de la Legión de María, queridos hermanos y hermanas, la Virgen nos pide que nos dejemos transformar por los sentimientos de su corazón, para ser como Ella constructores de justicia y portadores de paz. Aquí hay un gran proyecto en marcha: la construcción de un nuevo santuario que tenga capacidad para acoger a todos los que vienen en peregrinación. Especialmente ustedes, jóvenes, considérenlo un signo. También a ustedes la Madre del Cielo les confía un gran proyecto: el de construir un mundo mejor, acogedor, donde ya no haya guerras, ni injusticias, ni miseria, ni deshonestidad, y donde los principios del Evangelio inspiren y moldeen cada vez más los corazones, las estructuras y los programas, para el bien de todos.

¡Es el amor el que debe triunfar, no la guerra! Esto nos enseña el corazón de María, el corazón de la Madre de todos. Salgamos, pues, de este santuario como “ángeles-mensajeros” de vida, para llevar a todos la caricia de María y la bendición de Dios.

Mama Muxima, tuezá kokué, Mama Muxima, tutambululé: “Madre del corazón, venimos a ti para ofrecerte todo”, así dice el Himno a *Mama Muxima*, y continúa: “Venimos a pedir tu bendición”.

Queridos amigos, ofrezcamos todo a María entregándonos a los hermanos y, por su intercesión, recibamos con alegría la bendición del Señor, para llevarla a todos aquellos con quienes nos encontremos. Amén.

[Volver al índice](#)

VISITA A UN HOGAR DE ACOGIDA PARA PERSONAS MAYORES

SALUDO DEL SANTO PADRE

Hogar de Acogida para Personas Mayores (Saurimo)

Lunes, 20 de abril de 2026

Señora Directora,
queridos hermanos y hermanas,

¡paz a esta casa y a todos los que habitan en ella!

Les agradezco mucho su acogida, tan llena de fe que me llega al corazón y es un gran consuelo para mi misión. ¡Gracias!

Me ha conmovido oír que llaman a este lugar “*lar*”, que habla de familia. Doy gracias a Dios por ello, y espero que todos ustedes puedan vivir aquí realmente, en la medida de lo posible, en un ambiente familiar.

A Jesús le agradaba estar en la casa de sus amigos. El Evangelio nos dice que iba a la casa de Pedro, en Cafarnaúm, donde un día curó a su suegra. Nos recuerda su amistad con María, Marta y Lázaro; en su casa, en Betania, era acogido como Maestro y Señor y, al mismo tiempo, con familiaridad.

Por eso, queridos hermanos, me gusta pensar que Jesús habita también aquí, en esta casa. Sí, Él vive entre ustedes cada vez que intentan amarse y ayudarse mutuamente como hermanos y hermanas. Cada vez que, tras una incompreensión o una pequeña ofensa, saben perdonarse y reconciliarse. Cada vez que, algunos de ustedes o todos juntos, rezan con sencillez y humildad.

Expreso mi agradecimiento a las autoridades angoleñas por las iniciativas en favor de los ancianos más necesitados, así como a todos

los colaboradores y voluntarios. El cuidado de las personas frágiles es un indicador muy importante de la calidad de la vida social de un país. Y no olvidemos que a las personas mayores no sólo hay que asistirles, ante todo hay que escucharlas, porque custodian la sabiduría de un pueblo. Y les debemos gratitud, porque han afrontado grandes dificultades por el bien de la comunidad.

Queridas hermanas y queridos hermanos, llevaré en mi corazón el recuerdo de este encuentro con ustedes. Que la Virgen María, que llenaba de fe y de amor la casa de Nazaret, vele siempre por esta comunidad. Y que mi bendición también los acompañe. Gracias!

[Volver al índice](#)

SANTA MISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Explanada de Saurimo (Saurimo)

Lunes, 20 de abril de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

En todas partes del mundo, la Iglesia vive como un pueblo que camina en pos de Cristo, nuestro hermano y Redentor. Él, el Resucitado, ilumina nuestro camino hacia el Padre y, con la fuerza del Espíritu, nos santifica, para que transformemos nuestro estilo de vida según su amor. Esta es la Buena Noticia, el Evangelio que corre como sangre por nuestras venas, sosteniéndonos a lo largo del camino. ¡Un camino que hoy me ha traído aquí, con ustedes! En la alegría y la belleza de nuestra asamblea, reunida en nombre de Jesús, escuchemos con el corazón abierto su Palabra de salvación, porque nos hace reflexionar sobre el motivo y el fin por los que seguimos al Señor.

Cuando el Hijo de Dios se hace hombre, en efecto, realiza gestos elocuentes para manifestar la voluntad del Padre: ilumina las tinieblas devolviendo la vista a los ciegos, da voz a los oprimidos desatando la lengua de los mudos, sacia nuestra hambre de justicia multiplicando el pan para los pobres y los débiles. Quien oye hablar de estas obras, se dispone a buscar a Jesús. Al mismo tiempo, el Señor conoce nuestro corazón y nos pregunta si lo buscamos por gratitud o por interés, por cálculo o por amor. De hecho, dice a la gente que lo seguía: «Me buscan, no porque vieron signos, sino porque han comido pan hasta saciarse» (*Jn 6,26*). Sus palabras revelan los planes de quienes no desean el encuentro con una

persona, sino el consumo material. La multitud ve a Jesús como un instrumento para lograr algo más, como un proveedor de servicios. Si Él no les diera algo de comer, sus gestos y sus enseñanzas no les interesarían.

Esto ocurre cuando la fe auténtica se sustituye por un comercio supersticioso, en el cual Dios se convierte en un ídolo al que sólo se recurre cuando nos conviene, mientras nos conviene. Incluso los dones más hermosos del Señor —que siempre cuida de su pueblo— pueden convertirse en una exigencia, un premio o un chantaje, y son malinterpretados precisamente por quienes los reciben. El relato evangélico nos hace comprender, por tanto, que existen motivos equivocados para buscar a Cristo, sobre todo cuando se le considera un gurú o un amuleto de la suerte. También el fin que se propone la multitud es inadecuado; pues no buscan un maestro al que amar, sino un líder al que venerar por interés propio.

Muy diferente es la actitud de Jesús hacia nosotros: Él no rechaza esta búsqueda insincera, sino que anima a la conversión. No aleja a la multitud, sino que invita a todos a examinar lo que late en nuestro corazón. Cristo nos llama a la libertad; no quiere siervos ni clientes, sino que busca hermanos y hermanas a quienes dedicarse con todo su ser. Para corresponder con fe a este amor, no basta con oír hablar de Jesús, hay que acoger el sentido de sus palabras. Tampoco es suficiente ver lo que Jesús hace, hay que seguir e imitar su iniciativa. Cuando en el signo del pan compartido vemos la voluntad del Salvador, que se entrega por nosotros, entonces nos acercamos al verdadero encuentro con Jesús, que se convierte en seguimiento, misión y vida.

La exhortación que el Señor dirige a la multitud se transforma así en una invitación: «Trabajen, no por el alimento perecedero, sino por el que permanece hasta la Vida eterna» (*Jn 6,27*). Con estas palabras, Cristo nos señala su verdadero don para nosotros: no nos llama al desinterés por el pan de cada día, que, por el contrario, multiplica en abundancia y nos enseña a pedir en la oración. Nos educa en la forma correcta de buscar el pan de vida, alimento que nos sostiene

para siempre. El deseo de la multitud encuentra así una respuesta aún más grande y sorprendente: Jesús no nos da un alimento que perece, sino un pan que hace que no perezamos, porque es alimento de vida eterna.

Su don ilumina nuestro presente: hoy vemos, de hecho, que muchos deseos de la gente son frustrados por los violentos, explotados por los prepotentes y engañados por la riqueza. Cuando la injusticia corrompe los corazones, el pan de todos se convierte en posesión de unos pocos. Ante estos males, Cristo escucha el clamor de los pueblos y renueva nuestra historia; de cada caída nos levanta, en cada sufrimiento nos consuela y en la misión nos alienta. Como el pan vivo que siempre nos da —la Eucaristía— tampoco su historia conoce fin, y por eso quita el fin, o sea la muerte, de nuestra historia, que el Resucitado abre con la fuerza de su Espíritu. ¡Cristo vive! Él es nuestro Redentor. Este es el Evangelio que compartimos, haciendo hermanos a todos los pueblos de la tierra. Este es el anuncio que transforma el pecado en perdón. ¡Esta es la fe que salva la vida!

El testimonio pascual, por tanto, se refiere ciertamente a Cristo, el crucificado que ha resucitado, pero precisamente por eso se refiere también a nosotros: en Él se hace voz el anuncio de nuestra resurrección. No hemos venido al mundo para morir. No hemos nacido para convertirnos en esclavos ni de la corrupción de la carne, ni de la del alma: toda forma de opresión, violencia, explotación y mentira niega la resurrección de Cristo, don supremo de nuestra libertad. Este triunfo sobre el mal y sobre la muerte, de hecho, no ocurre sólo al final de los días, sino en la historia de cada día. ¿Qué debemos hacer para acoger este don? El mismo Evangelio nos lo enseña: «La obra de Dios es que ustedes crean en aquel que él ha enviado» (*Jn 6,29*). ¡Sí, creemos! Hoy, lo decimos juntos con fuerza y con gratitud hacia Ti, Señor Jesús. Queremos seguirte y servirte en nuestro prójimo: tu palabra es para nosotros regla de vida, criterio de verdad.

“Dichoso el que camina en la ley del Señor” (cf. *Sal 119,1*): así hemos cantado en el salmo. Queridos hermanos, es el Señor quien traza el

camino para este recorrido, no nuestras urgencias ni las modas del momento. Por eso, al seguir a Jesús, el camino eclesial es siempre un «Sínodo de la resurrección y de la esperanza» (Exhort. ap. *Ecclesia in Africa*, 13), como afirmaba san Juan Pablo II en su Exhortación apostólica para África. ¡Sigamos en esta sabia dirección! Con el Evangelio en el corazón, tendrán valor ante las dificultades y las decepciones; el camino que Dios ha abierto para nosotros nunca falla. El Señor, en efecto, camina siempre a nuestro paso, para que podamos seguir por su senda. Cristo mismo da orientación y fuerza al camino, un camino que queremos aprender a vivir cada vez más como debe ser, es decir, sinodal.

En particular, «la Iglesia anuncia la Buena Nueva no sólo a través de la proclamación de la palabra que ha recibido del Señor, sino también mediante el testimonio de la vida, gracias al cual los discípulos de Cristo dan razón de la fe, de la esperanza y del amor que hay en ellos» (*ibíd.*, 55). Al compartir la Eucaristía, pan de vida eterna, estamos llamados a servir a nuestro pueblo con una dedicación que levanta de toda caída, que reconstruye lo que la violencia destruye y comparte con alegría los lazos fraternos. A través de nosotros, la iniciativa de la gracia divina da buenos frutos sobre todo en las adversidades, como muestra el ejemplo del protomártir Esteban (cf. *Hch* 6,8-15).

Queridos hermanos, el testimonio de los mártires y de los santos nos alienta y nos impulsa a un camino de esperanza, de reconciliación y de paz, a lo largo del cual el don de Dios se convierte en el compromiso del hombre en la familia, en la comunidad cristiana y en la sociedad civil. Recorriéndolo juntos, a la luz del Evangelio, la Iglesia en Angola crece según esa fecundidad espiritual que comienza en la Eucaristía y continúa en el cuidado integral de cada persona y de todo el pueblo. En particular, la vitalidad de las vocaciones que ustedes experimentan es signo de la correspondencia al don del Señor, siempre abundante para quien lo acoge con corazón puro. Gracias al Pan de vida nueva, que hoy compartimos, podemos continuar en el camino de toda la Iglesia, que tiene como meta el Reino de Dios, como luz la fe y como alma la caridad.

[Volver al índice](#)

***ENCUENTRO CON LOS OBISPOS, LOS SACERDOTES, LOS
CONSAGRADOS, LAS CONSAGRADAS Y LOS AGENTES
PASTORALES***

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Parroquia de Nuestra Señora de Fátima (Luanda)

Lunes, 20 de abril de 2026

*Queridos hermanos en el episcopado,
sacerdotes, consagrados, consagradas,
catequistas,
hermanos y hermanas:*

Saludo también a los padres Franciscanos Capuchinos que hoy nos acogen en su casa. Muchas gracias.

Es para mí una gran alegría encontrarme con ustedes. Gracias por su hospitalidad. Ante todo, expreso mi gratitud a todos aquellos que han servido y sirven al Evangelio en Angola. Gracias por la labor de evangelización realizada en este país, por la esperanza de Cristo sembrada en el corazón del pueblo, por la caridad hacia los más pobres. Gracias porque siguen contribuyendo constantemente al progreso de esta nación sobre los cimientos sólidos de la reconciliación y la paz. Dirijo un saludo especial a mis hermanos obispos, que presiden el anuncio de la fe y el servicio de la caridad. Gracias, Mons. José Manuel, Arzobispo de Saurimo, por las palabras que me ha dirigido en nombre de la Conferencia Episcopal.

Si bien me corresponde a mí, en nombre de la Iglesia universal, reconocer en este momento la vitalidad cristiana que palpita en sus comunidades, es al Señor a quien le corresponde darles la recompensa. ¡Él jamás olvida sus promesas! También a ustedes, un

día, les dirigió estas palabras que, con fe, han acogido y han hecho fructificar: «Les aseguro que el que haya dejado casa, hermanos y hermanas, madre y padre, hijos o campos por mí y por la Buena Noticia, desde ahora, en este mundo, recibirá el ciento por uno [...], en medio de las persecuciones; y en el mundo futuro recibirá la Vida eterna» (Mc 10,29-30).

Queridos hermanos, el Señor conoce la generosidad con la que han abrazado su vocación y no le es indiferente todo lo que, por amor a Él, hacen para alimentar a su pueblo con la verdad del Evangelio. Por eso, ¡vale la pena abrirle nuestro corazón por completo a Cristo! Quizá podría surgir la tentación de pensar que Él venga a quitarles algo, la tentación de dudar en dejarle tomar las riendas de su vida. En esas situaciones, recuerden que «Él no quita nada, y lo da todo. Quien se da a él, recibe el ciento por uno. Sí, abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la verdadera vida» (Benedicto XVI, *Homilía en el inicio del ministerio petrino*, 24 abril 2005). Deseo dirigir estas palabras, en especial, a los numerosos jóvenes de sus seminarios y de sus casas de formación. ¡No tengan miedo de decir “sí” a Cristo, de moldear íntegramente su vida según la suya! No tengan miedo del mañana: ustedes pertenecen totalmente al Señor. Vale la pena seguirlo en la obediencia, en la pobreza, en la castidad. ¡Él no les quita nada! Lo único que nos quita y toma sobre sí es el pecado. Sí, de Él han recibido todo: esta tierra y la familia en la que nacieron; el Bautismo, que los ha incorporado a la gran familia de la Iglesia; y su vocación. «¡A él sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos! Amén» (Ap 1,6).

Queridos hermanos y hermanas, el Señor les concede la alegría de ser sus discípulos misioneros, la fuerza para vencer las asechanzas del maligno, la esperanza en la vida eterna. Todo esto es de ustedes, todo esto es un don. Un don que los ennoblece y hace grandes, que los compromete y los vuelve responsables. Y el don más grande es el Espíritu Santo que, derramado en sus corazones en el Bautismo, con miras a la misión, los ha conformado de manera especial a Cristo, quien los ha enviado para que, a partir del Evangelio, edifiquen una sociedad angoleña libre, reconciliada, hermosa y grande. ¡Cuán

importante es, en esta misión, el ministerio de los catequistas! Precisamente en África esta es una expresión fundamental de la vida de la Iglesia, que puede ser fuente de inspiración para las comunidades católicas de todo el mundo.

San Pablo enseña: «Todo es de ustedes, pero ustedes son de Cristo» (1Co 3,22-23). A cincuenta años de la independencia de su país, estas palabras del Apóstol nos dicen que el presente y el futuro de Angola les pertenecen, pero que ustedes pertenecen a Cristo. Todos los angoleños, sin excepción, tienen el derecho de construir este país y de beneficiarse de él de manera equitativa; sin embargo, los discípulos del Señor tienen el deber de hacerlo según la ley de la caridad. En la base de su actuar está el ser discípulos de Jesús. A todos ustedes les corresponde ser imagen suya y, en esta tarea, nadie puede sustituirlos. ¡En esto se encuentra su singularidad! Ustedes son la sal y la luz de esta tierra porque son miembros del Cuerpo de Cristo y, por eso, sus gestos, sus palabras y sus acciones, al reflejar la caridad del Señor, construyen las comunidades desde dentro y edifican para la eternidad.

Lo que se pide a los discípulos de Cristo es que permanezcan estrechamente unidos a Él (cf. *Jn* 15,1-8). El resto vendrá por sí solo. Sé que se encuentran en medio de un trienio pastoral cuyo lema es “Discípulos fieles, discípulos alegres (cf. *Hch* 11,23-26)”, dedicado a la oración y a la reflexión sobre el ministerio ordenado y la vida consagrada. ¿Qué caminos abre el Señor a la Iglesia en Angola? Seguramente serán muchos. ¡Traten de seguirlos todos! Pero el primer camino es el de la fidelidad a Cristo. Con ese fin, sigan valorando la formación permanente, velen por la coherencia de la vida y, sobre todo en estos tiempos, perseveren en el anuncio de la Buena Nueva de la paz.

En la escuela de Cristo, que es «el Camino, la Verdad y la Vida» (*Jn* 14,6), siempre hay mucho que aprender. Recuerden el diálogo de Jesús con Felipe, cuando este le preguntó: «Señor, muéstranos al Padre y eso nos basta». Es sorprendente la respuesta del Maestro: «Felipe, hace tanto tiempo que estoy con ustedes, ¿y todavía no me

conocen? El que me ha visto, ha visto al Padre» (*Jn 14,8-9*). Esto nos recuerda la dimensión contemplativa de la formación permanente. Conocer a Cristo pasa, sin duda, por una buena formación inicial, con el acompañamiento personal de los formadores; pasa por la adhesión a los programas de sus diócesis, congregaciones e institutos; pasa por un estudio personal serio, para iluminar a los fieles que les han sido confiados, salvándolos sobre todo de la ilusión peligrosa de la superstición. Sin embargo, la formación es mucho más amplia: comprende la unidad de la vida interior, el cuidado de nosotros mismos y del don de Dios que hemos recibido (cf. *2Tm 1,6*), recurriendo a la literatura, la música, el deporte, las artes en general y, sobre todo, a la oración de adoración y contemplación. Especialmente en los momentos de desánimo y de prueba, «¡qué dulce es estar frente a un crucifijo, o de rodillas delante del Santísimo, y simplemente ser ante sus ojos! ¡Cuánto bien nos hace dejar que Él vuelva a tocar nuestra existencia y nos lance a comunicar su vida nueva!» (Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 264). Sin esta dimensión contemplativa, dejamos de ser coherentes con el Evangelio y de reflejar el poder de la Resurrección.

«El hombre contemporáneo —decía san Pablo VI— escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan [...], o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio» (Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 41; cf. *Audiencia general*, 2 octubre 1974). La fidelidad de Cristo, que nos amó hasta el extremo, es el verdadero motor de nuestra fidelidad. Una fidelidad que se hace accesible gracias a la unidad de los presbíteros con su obispo y con sus hermanos del presbiterio, y de los consagrados y consagradas con su propio superior y entre ellos mismos. Queridos hermanos y hermanas, alimenten la fraternidad entre ustedes con franqueza y transparencia, no cedan a la prepotencia ni a la autorreferencialidad, no se alejen del pueblo, especialmente de los pobres, huyan de la búsqueda de privilegios. Para su fidelidad y, por tanto, para su misión, la familia sacerdotal o religiosa es indispensable, pero también lo es la familia en la que nacimos y crecimos. La Iglesia tiene en gran estima la institución familiar, enseñando que el hogar es el

lugar de santificación de todos sus miembros. Para muchos de ustedes, sin duda, la cuna de la vocación ha sido precisamente la familia, que ha apreciado y cuidado el surgimiento de esa llamada especial recibida. A sus familiares, por tanto, les dirijo mi sincero agradecimiento por haber cuidado, sostenido y protegido su vocación. Al mismo tiempo, los exhorto a que siempre los ayuden a permanecer fieles al Evangelio, a no buscar ventajas personales en su servicio eclesial. Que los apoyen con su oración y les infundan entusiasmo con los buenos consejos de un padre y una madre, para que sean santos y nunca olviden que, a imagen de Jesús, son servidores de todos.

Por último, su fidelidad, aquí en Angola, como debe ser en todo el mundo, está hoy particularmente ligada al anuncio de la paz. En el pasado han demostrado valentía al denunciar el flagelo de la guerra, al apoyar a las poblaciones atormentadas permaneciendo a su lado, al construir y reconstruir, y al señalar caminos y soluciones para poner fin al conflicto armado. Su aportación es reconocida y apreciada por todos. ¡Pero este compromiso no ha terminado! Promuevan, pues, una memoria reconciliada, educando a todos en la concordia y valorando, en medio de ustedes, el testimonio sereno de aquellos hermanos y hermanas que, después de haber atravesado dolorosas tribulaciones, lo han perdonado todo. ¡Alégrense con ellos, celebren la paz!

Además, no olviden que, según las palabras de san Pablo VI, «el desarrollo es el nuevo nombre de la paz» (Carta enc. *Popolorum progressio*, 87). Por eso es fundamental que, al interpretar la realidad con sabiduría, no dejen de denunciar las injusticias, ofreciendo propuestas inspiradas en la caridad cristiana. Sigán siendo una Iglesia generosa, que coopera en el desarrollo integral de su país. Por eso ha sido y sigue siendo determinante todo lo que realizan en los ámbitos de la educación y la salud. En este sentido, cuando surjan las dificultades, recuerden el heroico testimonio de fe de los angoleños y las angoleñas, misioneros y misioneras nacidos aquí o venidos del extranjero, que tuvieron el valor de dar la vida por este pueblo y por el Evangelio, prefiriendo la muerte que la traición a

la justicia, la verdad, la misericordia, la caridad y la paz de Cristo. También ustedes, queridos hermanos, a partir de cada Eucaristía, son cuerpo ofrecido y sangre derramada por la vida y la salvación de sus hermanos. A su lado está siempre la Virgen María, *Mama Muxima*. ¡Que Dios bendiga y haga fructificar su dedicación y su misión!

[Volver al índice](#)

Guinea Ecuatorial



ENCUENTRO CON LAS AUTORIDADES, CON LA SOCIEDAD CIVIL Y CON EL CUERPO DIPLOMÁTICO

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Palacio Presidencial (Malabo)

Martes, 21 de abril de 2026

Señor Presidente,
distinguidas Autoridades y miembros del Cuerpo diplomático,
señoras y señores:

Los saludo cordialmente, les agradezco su acogida y las palabras que me han dirigido. Me alegra estar aquí para visitar al querido pueblo de Guinea Ecuatorial. Durante su visita a este país, el Papa san Juan Pablo II definió a su persona, señor Presidente, como «el centro simbólico hacia el que convergen las vivas aspiraciones de un pueblo a un clima social de auténtica libertad, de justicia, de respeto y promoción de los derechos de cada persona o grupo, y de mejores condiciones de vida, para realizarse como hombres y como hijos de Dios» (S. Juan Pablo II, *Discurso al Presidente de Guinea Ecuatorial*, Malabo). Son palabras que siguen siendo actuales y que interpelan a cualquiera que ocupe un cargo público. Por otra parte, «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón» (Const. past. *Gaudium et spes*, 1). Estas expresiones de la Constitución *Gaudium et spes* del Concilio Vaticano II expresan de la mejor manera los motivos y los sentimientos que me traen hasta ustedes, para confirmar en la fe y

consolar al pueblo de este país en rápida transformación. Pues, al igual que en el corazón de Dios, también en el corazón de la Iglesia resuena el eco de cuanto ocurre aquí en la tierra, entre millones de hombres y mujeres por los cuales nuestro Señor Jesucristo dio su vida.

Ustedes saben que san Agustín leía los acontecimientos y la historia según el modelo de dos ciudades: la de Dios, eterna, caracterizada por su amor incondicional (*amor Dei*), unido al amor al prójimo, especialmente a los pobres; y la terrena, lugar de residencia transitoria, en la que los hombres y mujeres viven hasta su muerte. En esta perspectiva, las dos ciudades existen juntas hasta el final de los tiempos (cf. *De civitate Dei*, 19,14) y todo ser humano, día a día, manifiesta en sus decisiones a cuál de ellas quiere pertenecer.

Sé que han emprendido el imponente proyecto de construir una ciudad que, desde hace unos meses, es la nueva capital de su país. Han querido darle un nombre en el que parece resonar el de la Jerusalén bíblica: *Ciudad de la Paz*. Ojalá que esa decisión haga reflexionar a cada conciencia sobre cuál es la ciudad a la que quiere servir. Como tuve ocasión de recordar al Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede, para el gran padre Agustín la ciudad terrena se centra en el amor orgulloso de sí mismo (*amor sui*), en la sed de poder y gloria mundanos que conducen a la destrucción.

En cambio, Agustín considera que los cristianos están llamados por Dios a habitar en la ciudad terrena, pero con el corazón y la mente dirigidos hacia la ciudad celestial, su verdadera patria. Es esa la ciudad hacia la que Abraham partió, «sin saber a dónde iba. Por la fe, vivió como extranjero en la Tierra prometida, habitando en carpas, lo mismo que Isaac y Jacob, herederos con él de la misma promesa. Porque Abraham esperaba aquella ciudad de sólidos cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios» (*Hb* 11,8-10). Todo ser humano puede apreciar la ancestral conciencia de que la vida en la tierra es sólo un paso. Es fundamental que perciba la diferencia entre lo que perdura y lo que pasa, manteniéndose libre de la riqueza injusta y de la ilusión del dominio. En particular, «los cristianos que viven en la

ciudad terrenal no son ajenos al mundo político y, guiados por las Escrituras, buscan aplicar la ética cristiana al gobierno civil. La Ciudad de Dios no propone un programa político. En cambio, ofrece valiosas reflexiones sobre cuestiones fundamentales relacionadas con la vida social y política» (*Discurso al Cuerpo diplomático, 9 enero 2026*).

Hoy en día, la doctrina social de la Iglesia representa una ayuda para cualquiera que desee afrontar las “cosas nuevas” que desestabilizan el planeta y la convivencia humana, buscando ante todo el Reino de Dios y su justicia. Esto es una parte fundamental de la misión de la Iglesia: contribuir a la formación de las conciencias mediante el anuncio del Evangelio y la propuesta de criterios morales y principios éticos auténticos, respetando la libertad de cada persona y la autonomía de los pueblos y sus gobiernos. El objetivo de la doctrina social es educar para afrontar los problemas, que siempre son diferentes, ya que cada generación es nueva, con nuevos retos, nuevos sueños y nuevos interrogantes.

Más concretamente, nos enfrentamos a cuestiones que sacuden los cimientos de la experiencia humana. Como ya he señalado, al comparar nuestra época con aquella en la que el Papa León XIII promulgó la *Rerum novarum*, hoy «la exclusión es la nueva cara de la injusticia social. La brecha entre una “pequeña minoría” —el 1% de la población— y la gran mayoría se ha ampliado de manera dramática. [...] Cuando hablamos de exclusión, también nos encontramos ante una paradoja. La falta de tierra, alimentos, vivienda y trabajo digno coexiste con el acceso a las nuevas tecnologías que se difunden por todas partes a través de los mercados globalizados. Los teléfonos celulares, las redes sociales e incluso la inteligencia artificial están al alcance de millones de personas, incluidos los pobres» (*Discurso a los Movimientos populares, 23 octubre 2025*). Por consiguiente, es una tarea ineludible de las autoridades civiles y de la buena política eliminar los obstáculos al desarrollo humano integral, cuyos principios fundamentales son la destinación universal de los bienes y la solidaridad.

No se puede ocultar, por ejemplo, que la rapidísima evolución tecnológica a la que asistimos ha acelerado una especulación conectada a la necesidad de materias primas, que parece hacer olvidar necesidades fundamentales como la salvaguardia de la creación, los derechos de las comunidades locales, la dignidad del trabajo y la protección de la salud pública. A este respecto, hago mío el llamamiento del Papa Francisco, que hace justo un año dejaba este mundo: «Hoy tenemos que decir “no a una economía de la exclusión y la inequidad”. Esa economía mata» (Francisco, Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 53). De hecho, hoy en día es aún más evidente con respecto a algunos años atrás que uno de los principales motivos de la proliferación de los conflictos armados es la colonización de yacimientos petrolíferos y mineros, sin tener en cuenta el derecho internacional ni el derecho de los pueblos a la autodeterminación.

Las mismas nuevas tecnologías parecen concebidas y utilizadas principalmente con fines bélicos y en contextos que no permiten vislumbrar un aumento de oportunidades para todos. Por el contrario, sin un cambio de rumbo en la asunción de la responsabilidad política y sin respeto por las instituciones y los acuerdos internacionales, el destino de la humanidad corre el riesgo de verse trágicamente comprometido. Dios no quiere esto. Su Santo Nombre no puede ser profanado por la voluntad de dominio, la prepotencia y la discriminación; sobre todo, nunca debe ser invocado para justificar decisiones y acciones que causan la muerte. Que este país no dude en revisar sus propias trayectorias de desarrollo y las oportunidades positivas de situarse en la escena internacional al servicio del derecho y la justicia.

Este es un país joven. Estoy seguro, por tanto, de que en la Iglesia encontrarán ayuda para formar conciencias libres y responsables, para avanzar juntos hacia el futuro. En un mundo herido por la prepotencia, los pueblos tienen hambre y sed de justicia. Hay que valorar a quienes creen en la paz, y atreverse a aplicar políticas que vayan a contracorriente, centradas en el bien común. Se necesita urgentemente el valor de nuevas visiones y de un pacto educativo que dé a los jóvenes espacio y confianza. La ciudad de Dios, ciudad

de la paz, debe ser acogida, en efecto, como un don que viene de lo alto y hacia el cual dirigir nuestro deseo y todos nuestros recursos. Es una promesa y una tarea. Sus habitantes «con sus espadas forjarán arados y podaderas con sus lanzas» (*Is 2,4*) y, enjugada toda lágrima, participarán en el banquete, ya no reservado a una élite, porque viandas exquisitas, vinos añejados y manjares succulentos (cf. *Is 25,6*) se repartirán entre todos.

Señor Presidente, señoras y señores, caminemos juntos, con sabiduría y esperanza, hacia la Ciudad de Dios, que es la ciudad de la paz. Gracias!

[Volver al índice](#)

ENCUENTRO CON EL MUNDO DE LA CULTURA

DISCURSO DEL SANTO PADRE

*Campus Universitario “León XIV” de la Universidad Nacional
(Malabo)*

Martes, 21 de abril de 2026

Señor Rector,
distinguidas autoridades,
señoras y señores:

Quiero expresar mi gratitud por la invitación a este evento con el cual se inaugura un nuevo campus de la Universidad Nacional de Guinea Ecuatorial. Agradezco también el deferente gesto que han tenido al dar mi nombre a esta sede, consciente de que un honor semejante excede a la persona y remite más bien a los valores que juntos deseamos transmitir.

La inauguración de una sede universitaria es más que un acto administrativo y trasciende también la simple ampliación de infraestructuras y de espacios destinados al estudio. Esta inauguración es un gesto de confianza en el ser humano; una afirmación de que vale la pena seguir apostando por la formación de las nuevas generaciones y por esa tarea, tan exigente como noble, que consiste en buscar la verdad y poner el conocimiento al servicio del bien común.

Por lo tanto, este momento posee un significado que supera con mucho los límites materiales de este lugar y de estos edificios. Hoy se abre también un espacio para la esperanza, para el encuentro y para el progreso. Toda auténtica obra educativa, en efecto, está llamada a crecer no sólo como una estructura, sino como un organismo vivo.

Quizá por ello la imagen del árbol resulta particularmente elocuente para hablar de la misión universitaria. Para los ecuatoguineanos, la *ceiba*, árbol nacional, adquiere un gran valor evocador. Un árbol echa raíces profundas, se alza con paciencia y fortaleza hacia lo alto y encierra en sí una fecundidad que no existe para sí misma.

En su grandeza, en la solidez de su tronco y en la amplitud de sus ramas, este árbol parece ofrecer una parábola de lo que una institución universitaria está llamada a ser: una realidad bien arraigada en la seriedad del estudio, en la memoria viva de un pueblo y en la búsqueda perseverante de la verdad. Sólo así podrá crecer con firmeza; sólo así será capaz de elevarse sin perder contacto con la realidad histórica en la que se sitúa y de ofrecer a las nuevas generaciones, además de instrumentos para el éxito profesional, razones para vivir, criterios para discernir y motivos para servir.

La historia del hombre puede leerse también siguiendo la simbología de algunos árboles bíblicos. En el jardín del libro del Génesis, junto al árbol de la vida, se alza también el árbol del conocimiento del bien y del mal (cf. *Gn* 2,9). Y conviene advertir que no se trata de una condena del conocimiento en cuanto tal, como si la fe temiera a la inteligencia o mirara con sospecha el deseo de saber. El ser humano ha recibido la capacidad de conocer, de nombrar, de discernir, de admirarse ante el mundo y de interrogarse por su sentido (cf. *Gn* 2,19).

El problema no está, pues, en el conocimiento, sino en su desviación hacia una forma de saber que ya no busca corresponder a la realidad, sino plegarla a la propia medida, juzgándola según la conveniencia de quien pretende conocer. Allí el conocimiento deja de ser apertura y se vuelve posesión; deja de ser camino hacia la sabiduría y se transforma en afirmación orgullosa de autosuficiencia, abriendo paso a extravíos que pueden llegar a volverse inhumanos.

Sin embargo, la historia bíblica no termina ante ese árbol. La tradición cristiana contempla otro árbol, el de la cruz, no como negación de la inteligencia humana, sino como signo de su redención (cf. *Col* 2,2-3). Si en el Génesis aparece la tentación de un

conocimiento separado de la verdad y del bien, en la cruz se revela, en cambio, una verdad que, lejos de imponerse por dominio, se ofrece por amor y eleva al hombre a la dignidad con la que fue concebido desde su origen. Allí el ser humano es invitado a dejar sanar su deseo de conocer: a redescubrir que la verdad, no se fabrica, no se manipula ni se posee como trofeo, sino que se acoge, se busca con humildad y se sirve con responsabilidad.

Por eso, desde una perspectiva cristiana, Cristo no aparece como una salida fideísta ante la fatiga intelectual, como si la fe comenzara donde la razón se detiene. Al contrario: en Él se manifiesta la armonía profunda entre verdad, razón y libertad. La verdad se ofrece como una realidad que precede al hombre, lo interpela y lo llama a salir de sí mismo, y por eso puede ser buscada con confianza. La fe, lejos de clausurar esta búsqueda, la purifica de la autosuficiencia y la abre a una plenitud hacia la que la razón tiende, aunque no pueda abarcarla por completo.

De este modo, el árbol de la Cruz restituye el amor al conocimiento a su cauce originario. Nos enseña que conocer es abrirse a la realidad, acoger su sentido y custodiar su misterio. Así, la búsqueda de la verdad permanece verdaderamente humana: humilde, seria y abierta a una verdad que nos precede, nos convoca y nos trasciende.

No basta, en efecto, con que un árbol dé fruto; importa también la calidad de ese fruto, porque por los frutos se conoce al árbol (cf. *Mt* 7,20). De modo semejante, una universidad se mide por la calidad de los estudiantes que ofrece a la vida de su pueblo: más allá del número de graduados o de la extensión de su infraestructura. Este es el sincero deseo que la Iglesia católica expresa en su plurisecular compromiso con la educación: que los profesionistas sean buenos gracias al conocimiento y a la técnica; frutos maduros para una auténtica fecundidad, capaces de ir más allá de la mera apariencia del éxito.

Queridos hermanos y hermanas, aquí, en las instalaciones de esta sede, la *ceiba* ecuatoguineana está llamada a dar frutos de un progreso solidario, de un conocimiento que ennoblezca y desarrolle

al ser humano de modo integral. Está llamada a ofrecer frutos de inteligencia y de rectitud, de competencia y de sabiduría, de excelencia y de servicio. Si aquí se forman generaciones de hombres y mujeres profundamente configurados por la verdad y que transformen su existencia en un don para los demás, entonces la *ceiba* seguirá alzándose como un símbolo elocuente: arraigada en lo mejor de esta tierra, elevada por la nobleza del saber y fecunda en frutos capaces de honrar a Guinea Ecuatorial y de enriquecer a toda la familia humana.

Con estos sentimientos, invoco sobre todos ustedes —sobre las autoridades, los docentes, los estudiantes, el personal de esta universidad y sus familias— la abundancia de las bendiciones de Dios Todopoderoso que, en Jesucristo, Verdad encarnada, ha manifestado al hombre la verdad sobre sí mismo y su altísima dignidad (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 22). Y encomiendo a todos a la maternal protección de María Santísima, Trono de la Sabiduría, para que esos frutos, además de ser abundantes, sean muy dulces. Muchas gracias.

[Volver al índice](#)

***VISITA A LOS TRABAJADORES Y PACIENTES DEL
HOSPITAL PSIQUÁTRICO “JEAN PIERRE OLIE”***

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Hospital psiquiátrico “Jean Pierre Olie” (Malabo)

Martes, 21 de abril de 2026

*Señor Director General,
distinguidas autoridades,
queridos hermanos y hermanas:*

Les agradezco de corazón esta acogida, su hospitalidad, sus cantos, sus danzas. ¡Muchas Gracias!

Cada vez que visito un hospital, una casa o residencia de personas que quizás tengan diversas enfermedades, dificultades, tengo un doble distintos sentimientos: por un lado, siento el dolor o la tristeza de las personas que están sufriendo; que muchas veces llevan un dolor muy grande. A veces con heridas que se ven y a veces con heridas que nadie ve, pero que la persona misma sabe que lleva en su corazón, lleva en su vida. Siento dolor por las familias que muchas veces no saben acompañar y ayudar al paciente.

Pero experimento admiración y consuelo por todo lo que allí se hace a diario para servir a la vida humana. Esto también me sucede aquí, pero hoy, dentro de mí —y espero que en todos ustedes también—, prevalece la alegría y la esperanza; la alegría de reunirnos en el nombre del Señor, la alegría y la esperanza de saber que estamos cuidando a quienes viven en condiciones de fragilidad.

Algunas palabras que he escuchado ahora me han conmovido.

El Director dijo: “Una sociedad verdaderamente grande no es la que oculta sus debilidades, sino aquella que las rodea de amor”. Sí, así es. Este es un principio de civilización con raíces cristianas, pues fue Cristo quien, en la historia de la humanidad, rescató la discapacidad de la maldición y la restituyó a su plena dignidad. Pero el Salvador no quiere ni puede salvarnos sin nuestra colaboración, tanto a nivel personal como social. Por esta razón, nos pide que amemos a nuestros hermanos y a nuestras hermanas no de palabra, sino con hechos. Un centro de cuidados como este puede convertirse, con la ayuda de Dios y el compromiso de todos, en un signo de la civilización del amor.

El señor Pedro Celestino quiso concluir con una expresión conmovedora: “Gracias por amarnos tal como somos”. Yo digo, ¡Gracias a usted por su testimonio! Gracias a todos ustedes por estar aquí dando testimonio, señal de que aquí, en este lugar, hay auténtico amor.

Dios nos ama como somos. Sólo Dios, en verdad, nos ama totalmente como somos. ¡Pero no para dejarnos como estamos! No, Dios no nos quiere siempre enfermos, siempre con dolor, ¡nos quiere sanos! Dios nos quiere sanos. Dios quiere darnos esta gracia para ayudarnos a sanar aquellas heridas que llevamos

Esto se ve muchas veces en el Evangelio: Jesús vino a amarnos tal como somos, pero no para dejarnos así, sino para cuidarnos. Y un hospital, especialmente uno de inspiración cristiana, es precisamente eso: un lugar donde las personas son acogidas tal como son, respetadas en su fragilidad, pero para ayudarlas a estar mejor, con una visión integral. Para ello, la dimensión espiritual es esencial; me gustó mucho que el Director hiciera hincapié en esto.

Para concluir, gracias al señor Tarcisio por su poesía. Quisiera decir que en un ambiente como este, se componen cada día muchos “poemas” ocultos, quizás no con palabras, sino con pequeños gestos, con sentimientos, con atención a las relaciones entre ustedes. Es un poema que sólo Dios puede leer plenamente y que consuela el Corazón misericordioso de Cristo.

Queridos hermanos, les pido que transmitan mi cercanía a todos los enfermos del hospital, especialmente a los más graves y a los que sufren más la soledad. A cada uno de ustedes —a los pacientes, al personal sanitario y a los demás empleados— les imparto de corazón mi bendición, encomendándolos a la protección de María, Salud de los enfermos. Muchas gracias.

[Volver al índice](#)

SANTA MISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Basílica de la Inmaculada Concepción (Mongomo)

Miércoles, 22 de abril de 2026

Saludo y bendición antes de la Santa Misa en Mongomo

Buenos días. Un saludo muy grande a todos ustedes. Agradezco su presencia, ¡qué hermoso encontrarnos todos unidos para alabar al Señor, para dar gracias por sus dones, para recibir su bendición!

Es un día bendecido por el Señor. Ahora, en este momento, en la presencia de todos ustedes, queremos pedir la bendición sobre cada uno de ustedes y sus familias: vamos a hacerlo durante la celebración de la Santa Misa. Pero en este momento queremos pedir la bendición del Señor sobre esta primera piedra traída aquí, que será utilizada para iniciar la construcción de la futura catedral o iglesia de la Ciudad de la Paz.

Nosotros queremos renovar nuestra fe, queremos renovar nuestro compromiso de seguir a Jesucristo, con fidelidad, en su Iglesia —en la Iglesia católica—. ¡Estar todos unidos siempre en la Iglesia católica!

Y entonces vamos a pedir la bendición del Señor.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Derrama Señor tu bendición sobre todo tu pueblo, hoy de manera especial sobre esta piedra que representa lo que es la fuerza de la fe, la fuerza que nos une, la fuerza que hace de nosotros hermanos y hermanas en Jesucristo, hijos e hijas del único Dios.

Que Dios los bendiga en este día, que bendiga esta piedra, que nos ayude a estar siempre unidos en el amor del Señor: Él que nos ha creado, Él que nos ha hecho sus hijos, Él que nos acompaña siempre.

Y la bendición de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre esta piedra y sobre todos ustedes siempre.

Homilía del Santo Padre

Queridos hermanos y hermanas:

En esta espléndida basílica catedral, dedicada a la Inmaculada Concepción, Madre del Verbo encarnado y Patrona de Guinea Ecuatorial, nos hemos reunido para escuchar la Palabra del Señor y celebrar el memorial que Él nos ha dejado como fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia. La Eucaristía contiene verdaderamente todo el bien espiritual de la Iglesia: es Cristo, nuestra Pascua, que se nos entrega; es el Pan vivo que nos sacia; es la presencia que nos revela el amor infinito de Dios por toda la familia humana, que sigue saliendo también hoy al encuentro de cada hombre y mujer.

Me alegra poder celebrar junto con ustedes, dando gracias al Señor por los 170 años de evangelización en estas tierras de Guinea Ecuatorial. Se trata de una ocasión propicia para recordar todo el bien que el Señor ha realizado y, al mismo tiempo, deseo expresar mi gratitud a los numerosos misioneros, misioneras, sacerdotes diocesanos, catequistas y fieles laicos que han entregado su vida al servicio del Evangelio.

Ellos han acogido las expectativas, las preguntas y las heridas de su pueblo, iluminándolas con la Palabra del Señor y convirtiéndose en signo del amor de Dios en medio de ustedes; con su testimonio de vida, han colaborado a la venida del Reino de Dios, sin miedo a sufrir por su fidelidad a Cristo.

Es una historia que no pueden olvidar, que, por un lado, los une a la Iglesia apostólica y universal que los precede y, por otro, los ha acompañado para que ustedes mismos se conviertan en protagonistas del anuncio del Evangelio y del testimonio de la fe,

cumpliendo aquellas palabras proféticas pronunciadas en tierra africana por el Papa san Pablo VI: «Vosotros africanos, ya sois misioneros para vosotros mismos. La Iglesia de Cristo está verdaderamente arraigada en esta tierra bendita» (*Homilía al concluir el Simposio de Obispos de África*, Kampala, Uganda, 31 julio 1969).

Desde esta perspectiva, están llamados a continuar hoy el camino trazado por los misioneros, los pastores y los laicos que los han precedido. A todos y a cada uno se les pide un compromiso personal que abarque la vida por completo, para que la fe, celebrada de manera tan festiva en sus comunidades y en sus liturgias, alimente sus actividades caritativas y la responsabilidad hacia el prójimo, para la promoción del bien de todos.

Este compromiso requiere perseverancia, cuesta esfuerzo, a veces sacrificio, pero es el signo de que somos verdaderamente la Iglesia de Cristo. La primera lectura que hemos escuchado nos narra en pocos versículos cómo una Iglesia que anuncia con alegría y sin temor el Evangelio es también una Iglesia que, precisamente por eso, puede ser perseguida (cf. *Hch* 8,1-8). Pero, por otra parte, el mismo libro de los Hechos de los Apóstoles nos dice que, mientras los cristianos se ven obligados a huir y se dispersan, muchísimos se acercan a la Palabra del Señor y pueden ver con sus propios ojos que los enfermos en el cuerpo y en el espíritu son sanados. Esos son los signos prodigiosos de la presencia de Dios, que generan gran alegría en toda la ciudad (cf. vv. 6-8).

Así, hermanos y hermanas, aunque las situaciones personales, familiares y sociales que vivimos no siempre sean favorables, podemos confiar en la obra del Señor, que hace brotar la buena semilla de su Reino por caminos que desconocemos, aun cuando parece que todo a nuestro alrededor es estéril, e incluso en los momentos de oscuridad. Con esta confianza, arraigada más en la fuerza de su amor que en nuestros méritos, estamos llamados a permanecer fieles al Evangelio, a anunciarlo, a vivirlo en plenitud y a dar testimonio de él con alegría. Dios no nos privará de los signos de

su presencia y, una vez más, como nos dijo Jesús en el Evangelio que acabamos de escuchar, será para nosotros “el pan de vida” que saciará nuestra hambre (cf. *Jn* 6,35).

¿Cuál es el hambre que sentimos? ¿De qué tiene hambre hoy este país? El lema de mi visita es “Cristo, Luz de Guinea Ecuatorial, hacia un futuro de esperanza”, y quizá precisamente este sea hoy el hambre mayor: hay hambre de futuro, pero de un futuro habitado por la esperanza, que pueda generar una nueva justicia, que pueda dar frutos de paz y fraternidad. Y no se trata de un futuro desconocido, que debemos esperar de forma pasiva, sino de un porvenir que precisamente nosotros, con la gracia de Dios, estamos llamados a construir. El futuro de Guinea pasa por las decisiones que ustedes toman; está confiado a su sentido de la responsabilidad y al compromiso compartido de custodiar la vida y la dignidad de cada persona.

Es necesario, por tanto, que todos los bautizados se sientan implicados en la obra de evangelización, se conviertan en apóstoles de la caridad y en testigos de una nueva humanidad.

Se trata de participar, con la luz y la fuerza del Evangelio, en el desarrollo integral de esta tierra, en su renovación, en su transformación. Son muchas las riquezas naturales que el Creador les ha dado; los exhorto a cooperar para que puedan ser una bendición para todos. Que el Señor los ayude a convertirse cada vez más en una sociedad en la que cada uno, según sus respectivas responsabilidades, trabaje al servicio del bien común y no de intereses particulares, superando las desigualdades entre privilegiados y desfavorecidos. Que crezcan los espacios de libertad y que se salvaguarde siempre la dignidad de la persona humana; pienso en los más pobres, en las familias en dificultad; pienso en los reclusos, a menudo obligados a vivir en condiciones preocupantes de higiene y de sanidad.

Hermanos y hermanas, se necesitan cristianos que tomen en sus manos el destino de Guinea Ecuatorial. Por eso quiero animarlos: ¡no tengan miedo de anunciar y dar testimonio del Evangelio! Sean

ustedes los constructores de un futuro de esperanza, de paz y de reconciliación, continuando la obra que los misioneros comenzaron hace 170 años.

Que la Virgen María Inmaculada los acompañe en este camino. Que ella interceda por ustedes y los haga discípulos generosos y alegres de Cristo.

**Palabras del Santo Padre para acompañar la entrega del
cáliz antes de la bendición final**

Y queremos dejar también como don, para esta Comunidad, esta Iglesia, el cáliz que hemos utilizado para celebrar la Eucaristía sobre este altar.

Que estemos siempre unidos en comunión con Cristo.

[Volver al índice](#)

***VISITA A LA PRISIÓN
DE BATA***

SALUDO DEL SANTO PADRE

Bata

Miércoles, 22 de abril de 2026

Queridos hermanos, queridas hermanas:

En algunos lugares dicen que la lluvia es señal de la bendición de Dios. Vamos a pedir que sea así. Y vamos a vivir este momento también como señal de la cercanía de Dios, Dios que jamás nos abandona.

He escuchado con atención sus palabras. Gracias por la claridad y por habernos mostrado que, aun en las dificultades, la dignidad humana y la esperanza nunca se pierden.

Hoy estoy aquí para decirles algo muy sencillo: ninguno está excluido del amor de Dios. Cada uno de nosotros, con su historia, sus errores y sus sufrimientos, sigue siendo valioso a los ojos del Señor. Podemos decirlo con certeza, porque Jesús nos ha revelado esto en cada encuentro, en cada gesto y en cada palabra. Incluso cuando fue arrestado, condenado y llevado a la muerte sin culpa alguna, nos amó hasta el extremo, demostrando que cree en la posibilidad de que el amor transforme incluso el corazón más endurecido.

En este viaje estoy descubriendo que Guinea Ecuatorial es una tierra rica de culturas, lenguas y tradiciones. Sus familias, sus comunidades y su fe son una gran fuerza para esta nación. También ustedes forman parte de este país. La administración de la justicia tiene el fin de proteger a la sociedad, pero para ser eficaz debe invertir siempre

en la dignidad y en las potencialidades de cada persona. Una auténtica justicia no busca tanto castigar, sino sobre todo ayudar a reconstruir la vida, tanto de las víctimas como de los culpables, así como de las comunidades heridas por el mal. No hay justicia sin reconciliación. Se trata de un gran trabajo, del cual una parte puede realizarse dentro de la cárcel y otra parte, aún mayor, debe involucrar a toda la comunidad nacional, para prevenir y reparar las heridas provocadas por la injusticia.

Quisiera hablarles, sobre todo, de esperanza y de cambio. Aunque la cárcel se vea como un lugar de soledad y desolación, este tiempo —como se ha dicho— puede convertirse en un tiempo de reflexión, de reconciliación y de crecimiento personal. Es deseable, por ejemplo, que se hagan las gestiones necesarias para que en la cárcel exista la posibilidad de estudiar y de trabajar con dignidad. La vida no sólo se define por los errores cometidos, que generalmente son el resultado de circunstancias difíciles y complejas; porque siempre es posible volver a levantarse, aprender y convertirse en una persona nueva.

Hermanos y hermanas, no están solos. Sus familias los aman y los esperan, y muchos, más allá de estos muros, rezan por ustedes. Y aun cuando alguno temiera el ser abandonado por todos, Dios nunca los abandonará y la Iglesia estará a su lado. Piensen también en su país, en los jóvenes de Guinea Ecuatorial que necesitan ejemplos de perseverancia, de responsabilidad y de fe. Todo esfuerzo de reconciliación, todo gesto de bondad puede convertirse en una pequeña llama de esperanza para los demás.

Deseo agradecer también a los que trabajan en este centro penitenciario: al Director, a los agentes y al capellán. Su servicio es fundamental cuando conjuga seguridad, respeto y humanidad, garantizando el orden necesario para acompañar a los detenidos en un itinerario de reinserción y de reconstrucción de la propia vida.

Queridos hermanos, hermanas, Dios jamás se cansa de perdonar. Él abre siempre una puerta nueva a quien reconoce los propios errores y desea cambiar. No permitan que el pasado les robe la esperanza en el futuro. Cada día puede ser un nuevo comienzo.

Confiemos este camino a la Virgen María, Madre de la Misericordia. Que ella los acompañe en la vida, consuele sus corazones y proteja a sus familias. Hoy quiero asegurarles mi cercanía y mi oración por ustedes y por todo el pueblo de Guinea Ecuatorial. Y recuerden siempre que una persona que se levanta después de haber caído es más fuerte que antes. Que el Señor les conceda paz, esperanza y fuerza para volver a empezar.

Hermanas y hermanos, bajo esta lluvia, que es bendición de Dios, vamos a orar juntos la oración que Cristo nos enseñó diciendo: *Padre Nuestro...*

[Volver al índice](#)

ENCUENTRO CON LOS JÓVENES Y LAS FAMILIAS

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Estadio de Bata

Miércoles, 22 de abril de 2026

Queridos jóvenes, queridas familias, ¡la paz esté con vosotros!

¿Quién tiene miedo a la lluvia? ¿Quién quiere la bendición de Dios? Gracias por estar aquí, vamos a seguir celebrando. ¡La Iglesia necesita el entusiasmo de todos vosotros!

Queridos hermanos, hermanas, con gran alegría os saludo y agradezco al señor obispo las palabras que me ha dirigido. Os agradezco a todos vosotros la cálida bienvenida y vuestro entusiasmo, que refleja la alegría de vuestra fe.

Su Excelencia describió a Guinea Ecuatorial como un país “joven, lleno de energía, de preguntas y de ganas de vivir” y, al mismo tiempo, deseoso de hacer de Cristo su luz. Esto se puede constatar en el lema de este viaje: “*Cristo, Luz de Guinea Ecuatorial, hacia un futuro de esperanza*”. Pero se confirma en la presencia aquí de todos vosotros. La luz más resplandeciente ahora es la de vuestros ojos, en vuestros rostros, en las sonrisas, los cantos, los bailes, todo da testimonio de que Cristo es alegría, sentido, inspiración y belleza para nuestra vida.

Vuestro país, Guinea Ecuatorial, es un país rico en historia y tradiciones. Lo hemos visto hace un momento, en las danzas, los trajes y los símbolos con los que cada grupo ha expresado su identidad, haciendo aún más evidente y conmovedor nuestro estar juntos. Habeis traído objetos sencillos y ordinarios —un bastón, una

red, la reproducción de una isla, una barca, un instrumento musical— que hablan de vuestra vida y de los valores antiguos y nobles que la animan, como el servicio, la unidad, la hospitalidad, la confianza y la fiesta. Es el legado luminoso y arduo del que vosotros, queridos jóvenes, estáis llamados a ser, en la fe, el fundamento de su futuro y del futuro de esta tierra. ¡El futuro es vuestro!

San Juan Pablo II se refería a estos valores cuando, al llegar a este país y encontrarse con una Iglesia tan viva y dinámica, dijo a los fieles que habían acudido a darle la bienvenida: «Dad siempre ejemplo de concordia entre vosotros, de amor mutuo, de capacidad de reconciliación, de respeto efectivo a los derechos de cada ciudadano, familia, grupo social. Respetad y promoved la dignidad de todas las personas en vuestro País, como seres humanos y como hijos de Dios» (*Discurso de bienvenida a Guinea Ecuatorial, Malabo, 18 febrero 1982*). Son palabras que aún hoy guían nuestros corazones y que deben iluminar vuestro camino, mientras os preparáis para las responsabilidades que os esperan en el futuro.

Nos habló Alicia, al respecto, nos habló de la importancia de ser fieles a nuestros deberes y de contribuir, con el trabajo cotidiano, al bien de la familia y de la sociedad. Compartió con nosotros su sueño de una tierra “en la que los jóvenes, hombres y mujeres, no busquen el éxito fácil, sino que elijan la cultura del esfuerzo, de la disciplina, del trabajo bien hecho y que esto sea valorado”. Dijo que ser cristiana significa, además de participar en la celebración eucarística, trabajar con dignidad y tratar a todos con respeto, refiriéndose también al reto que supone ser mujer en el mundo laboral. Esto nos invita a reflexionar sobre la importancia del compromiso fecundo y sobre la necesidad de promover siempre la dignidad de cada ser humano.

Así lo atestiguó también Francisco Martín, cuando hizo alusión a la vocación sacerdotal. Abrió de par en par ante nosotros una ventana que muestra la hermosa realidad de tantos jóvenes que se entregan totalmente a Dios por la salvación de sus hermanos. No ocultó que le costó encontrar el valor para decir "sí", su *fiat*, “sí Señor”, pero en sus palabras todos comprendimos que confiar en la voluntad de Dios

da alegría y una profunda serenidad. Una vida entregada a Dios es una vida feliz, que se renueva cada día en la oración, en los sacramentos y en el encuentro con los hermanos y hermanas que el Señor pone en nuestro camino. En la comunión de los corazones y en la acción solícita hacia quienes tienen necesidad, se renuevan los milagros de la caridad. Por eso, si sentís que Cristo os llama a seguirlo en un camino de especial consagración —como sacerdotes, religiosas, religiosos, catequistas—, no tengáis miedo de seguir sus pasos. Como Él mismo aseguró —y yo también quiero deciros hoy aquí con fuerza— recibiréis «cien veces más y [...] la Vida eterna» (*Mt 19,29*).

Queridos amigos, habéis venido a este encuentro con vuestras familias, que son el terreno fértil en el que el árbol joven y frágil de su crecimiento humano y cristiano hunde sus raíces. Por eso, quiero invitar a todos a dar gracias al Señor juntos por el don de vuestros seres queridos y, como nos han dicho Purificación y Jaime Antonio, abandonaos confiados en Él para que vuestras familias puedan crecer en la unión, acoger la vida como un don que hay que custodiar y educar para el encuentro con el Señor, el Señor que es «el Camino, la Verdad y la Vida» (*Jn 14,6*). Muchos de vosotros os estáis preparando para el sacramento del matrimonio. Ser esposos y padres es una misión apasionante, una alianza que hay que vivir día a día, en la que se redescubren siempre nuevos el uno para el otro, hacedores, junto con Dios, del milagro de la vida, constructores de felicidad, para vosotros y para vuestros hijos. Preparaos para vivir esta llamada como un camino de amor verdadero, que crece en la libertad; un camino de esperanza que nace de la conciencia de que Dios no os abandona; un camino de santidad que busca siempre el bien y la felicidad del otro.

Agradezco mucho a Víctor Antonio la sinceridad y la valentía con los que nos ha compartido su historia. Sus palabras nos ayudan a comprender aún más profundamente el valor de lo que hemos dicho. Esas palabras caen como una roca sobre nosotros, pero no para destruir; son más bien palabras que deben animarnos a construir un mundo mejor, basado en el respeto por la vida que nace y crece, y en

el sentido de responsabilidad hacia los niños y los pequeños. Víctor Antonio nos ha recordado que acoger la vida requiere amor, compromiso y cuidado, y estas palabras en boca de un adolescente deben hacernos pensar seriamente en lo importante que es proteger y cuidar a la familia y los valores que se aprenden en ella. Cultivémoslos, vivámoslos y demos testimonio de ellos incluso cuando hacerlo cueste sacrificio, o cuando, como decían Jaime Antonio y Purificación, los juicios, los prejuicios y los estereotipos intenten menospreciar su valor. Una familia que sabe acoger y amar es luz, es calor. El Papa Francisco nos ha dejado unas palabras hermosas al respecto, nos dijo: «La pareja del padre y de la madre con toda su historia de amor [...], la pareja que ama y genera la vida es la verdadera “escultura” viviente [...], capaz de manifestar al Dios creador y salvador» (Exhort. ap. *Amoris laetitia*, 9.11).

Queridos jóvenes, padres y todos los aquí presentes, dejémonos entusiasmar por la belleza del amor, seamos testigos del amor que Jesús nos ha dejado y enseñado. Seamos testigos cada día de que amar es hermoso, de que las alegrías más grandes, en todos los ámbitos, provienen de saber dar y de entregarse, especialmente cuando servimos a los más necesitados. La luz de la caridad, cultivada en los hogares y vivida en la fe, puede transformar verdaderamente el mundo, incluso en sus estructuras e instituciones, para que cada persona se sienta respetada y nadie sea olvidado (cf. Francisco, *Mensaje en ocasión de la Jornada Mundial de la Alimentación, 14 octubre 2022*). Hermanas y hermanos, hagamos juntos, de esto, un propósito firme, un compromiso alegre, para que Cristo, el Crucificado y Resucitado, Luz de Guinea Ecuatorial, de África y del mundo entero, pueda guiarnos a todos hacia un futuro de esperanza. ¡Cristo luz de Guinea Ecuatorial!

[Volver al índice](#)

SANTA MISA

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Estadio de Malabo

Jueves, 23 de abril de 2026

Queridos hermanos y hermanas:

Quiero empezar saludando con afecto a esta Iglesia particular de Malabo con su pastor y, a la vez, expresar mi sentido pésame a toda la comunidad archidiocesana, a los hermanos sacerdotes y a los familiares por el fallecimiento, hace algunos días, de su Vicario General, Monseñor Fortunato Nsue Esono, que recordamos en esta Eucaristía.

Invito a vivir con espíritu de fe este momento de dolor y confío en que, sin dejarse llevar por comentarios o conclusiones apresuradas, se haga plena luz sobre las circunstancias de su muerte.

Las Escrituras que acabamos de escuchar nos interpelan, preguntándonos a cada uno de nosotros “si sabemos” y “cómo” leemos las páginas bíblicas que hoy compartimos. Se trata de una invitación tan seria como providencial, porque nos prepara para leer juntos el libro de la historia, es decir, las páginas de nuestra vida, que Dios sigue inspirando con su sabiduría.

Compartiendo el camino de un viajero que, desde Jerusalén, regresa precisamente a África, el diácono Felipe le pregunta: «¿Comprendes lo que estás leyendo?» (*Hch* 8,30). Aquel peregrino, un eunuco de la reina de Etiopía, le responde de inmediato con humilde sagacidad: «¿Cómo lo puedo entender, si nadie me lo explica?» (v. 31). Su pregunta se convierte así no sólo en una apelación a la verdad, sino

en una expresión de curiosidad. Observemos con atención quién está hablando: es un hombre rico, como su tierra, pero esclavo. Todos los tesoros que administra no son suyos; tuyas son las fatigas, que benefician a otros. Este hombre tiene inteligencia y cultura, y lo demuestra tanto en el trabajo como en la oración, pero no es plenamente libre. Esta condición está grabada dolorosamente en su cuerpo; se trata, en efecto, de un eunuco. No puede generar vida, todas sus energías están al servicio de un poder que lo controla y lo domina.

Precisamente mientras regresa a su patria, África, convertida para él en lugar de servidumbre, el anuncio del Evangelio lo libera. La Palabra de Dios, que tiene en sus manos, produce un fruto sorprendente en su vida: cuando encuentra a Felipe, testigo de Cristo crucificado y resucitado, el eunuco se convierte no sólo en lector de la Biblia, es decir, espectador, sino en protagonista de un relato que lo involucra, porque se refiere precisamente a él. El texto sagrado le habla y suscita su pregunta sobre la verdad. Así es como este africano se adentra en la Escritura, que es hospitalaria para con todo lector que quiera comprender la Palabra de Dios. Entra en la historia de la salvación, que es hospitalaria para con todo hombre y mujer, especialmente para con los oprimidos, los marginados y los últimos. Al texto escrito corresponde ahora el gesto vivido; al recibir el Bautismo, ya no es un extraño, sino que se convierte en hijo de Dios, en nuestro hermano en la fe. Esclavo y sin descendencia, este hombre renace a una vida nueva y libre en el nombre del Señor Jesús. Nosotros seguimos hablando de su rescate, precisamente mientras leemos las Escrituras.

Como él, también nosotros hemos sido hechos cristianos por el Bautismo, heredando la misma luz, es decir, la misma fe, para leer la Palabra de Dios. Para reflexionar sobre las profecías, para orar los salmos, para estudiar la Ley y proclamar el Evangelio con nuestra vida. Todos los textos bíblicos, en efecto, revelan en la fe su verdadero sentido, porque en la fe fueron escritos y transmitidos hasta nosotros; por eso su lectura es siempre un acto personal y también eclesial, no un ejercicio solitario o meramente técnico.

Leemos juntos la Escritura como un bien común de la Iglesia, teniendo como guía al Espíritu Santo, que inspiró su composición, y a la Tradición apostólica, que la ha custodiado y difundido por toda la tierra. Como pide el eunuco, también nosotros podemos comprender la Palabra de Dios gracias a una guía que nos acompaña en el camino de la fe, como lo fue el diácono Felipe, quien «tomó la palabra y, comenzando por este texto de la Escritura, le anunció la Buena Noticia de Jesús» (v. 35). El viajero africano estaba leyendo una profecía que se cumplió para él en aquel entonces, como se cumple hoy para nosotros: el siervo sufriente del que habla el profeta Isaías (cf. *Is* 53,7-8) es Jesús, aquel que, mediante su pasión, muerte y resurrección, nos redime del pecado y de la muerte. Él es el Verbo hecho carne, en quien encuentra cumplimiento toda palabra de Dios: revela su intención originaria, su sentido pleno y su fin último.

Como afirma Cristo, «sólo el que viene de Dios ha visto al Padre» (*Jn* 6,46). En el Hijo, el Padre mismo muestra su gloria: Dios se hace ver, oír y tocar. A través de los gestos de Jesús, el Redentor, Él da plenitud a lo que hace desde siempre, esto es, dar vida. Crea el mundo, lo salva y lo ama para siempre. Jesús les recuerda a quienes lo escuchan un signo de esta providencia constante: «Sus padres, en el desierto, comieron el maná y murieron» (v. 49). Se refiere así a la experiencia del éxodo; un camino de liberación de la esclavitud que, sin embargo, se convirtió en un vagar agotador durante cuarenta años, porque el pueblo no creyó en la promesa del Señor, llegando incluso a añorar Egipto (cf. *Ex* 16,3). Bajo el yugo del faraón, el pueblo comía los frutos de la tierra; Dios, en cambio, los conduce al desierto, donde el pan sólo puede venir de su providencia. El maná es, por tanto, prueba, bendición y promesa que Jesús viene a cumplir. A aquel signo antiguo le sucede ahora el sacramento de la Alianza nueva y eterna: la Eucaristía, pan consagrado por aquel que ha descendido del cielo para hacerse nuestro alimento. Si los que comieron el maná «murieron» (*Jn* 6,49), «el que coma de este pan vivirá eternamente» (v. 51), porque Cristo está vivo. ¡Él es el Resucitado y continúa dando su vida por nosotros!

A través del éxodo definitivo que es la Pascua de Jesús, todo pueblo es liberado de la esclavitud del mal. Mientras celebramos este acontecimiento de salvación, el Señor nos llama a una elección decisiva: «El que cree, tiene Vida eterna» (v. 47). En Jesús se nos da una posibilidad sorprendente: Dios se da a sí mismo por nosotros. ¿Confío en que su amor es más fuerte que mi muerte? Al decidir creerle, cada uno de nosotros elige entre una desesperación cierta y una esperanza que Dios hace posible. Entonces nuestra hambre de vida y de justicia encuentra alivio en las palabras de Jesús: «El pan que yo daré es mi carne para la Vida del mundo» (v. 51).

¡Gracias, Señor! Te alabamos y te bendecimos, porque has querido hacerte para nosotros Eucaristía, pan de vida eterna, para que podamos vivir para siempre. Precisamente ahora, queridos amigos, mientras celebramos este sacramento de salvación, podemos exclamar con alegría: “¡Cristo lo es todo para nosotros!”. En Él encontramos plenitud de vida y de sentido: «Si estás oprimido por la injusticia, Él es la justicia; si tienes necesidad de ayuda, Él es la fuerza; si tienes miedo de la muerte, Él es la vida; si deseas el cielo, Él es el camino; si estás en las tinieblas, Él es la luz» (S. Ambrosio, *De Virginitate*, 16,99). Con la compañía del Señor, nuestros problemas no desaparecen, pero son iluminados: así como toda cruz encuentra redención en Jesús, así en el Evangelio la historia de nuestra vida encuentra sentido. Por eso hoy cada uno de nosotros puede decir: «Bendito sea Dios, que no rechazó mi oración, ni apartó de mí su misericordia» (*Sal 66,20*). Él siempre nos ama primero; su palabra es para nosotros Evangelio, y no tenemos nada mejor para anunciar al mundo. Esta evangelización nos involucra a todos, a partir del Bautismo, que es sacramento de fraternidad, baño de perdón y fuente de esperanza. A través de nuestro testimonio, el anuncio de la salvación se hace gesto, se hace servicio, se hace perdón; en una palabra, se hace Iglesia.

Como enseñaba el Papa Francisco, verdaderamente «la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús» (Exhort. ap. *Evangelii Gaudium*, 1). Al mismo tiempo, cuando compartimos esta alegría, percibimos aún mejor el riesgo de

«una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor» (*Ibíd.*, 2). Ante tal cerrazón, es precisamente el amor del Señor el que sostiene nuestro compromiso, especialmente al servicio de la justicia y de la solidaridad.

Por ello, os animo a todos vosotros, Iglesia que peregrina en Guinea Ecuatorial, a continuar con alegría la misión de los primeros discípulos de Jesús. Leyendo juntos el Evangelio, que seáis anunciadores apasionados, como lo fue el diácono Felipe. Celebrando juntos la Eucaristía, que deis testimonio con vuestra vidas de la fe que salva, para que la Palabra de Dios se convierta en pan bueno para todos.

[Volver al índice](#)